

LA CONTROVERSIA

VOLUMEN I.

MADRID 19 DE FEBRERO DE 1887.

NÚM. 5.º

LO QUE ES LA MASONERÍA ¹

II

ORIGEN Y ORGANIZACIÓN.

HASE mirado siempre como una recomendación la antigüedad, y del mismo modo que se cree un título de nobleza, tanto más respetable cuanto más hondas son las raíces de su árbol genealógico, tanto más respetable creen algunos la masonería cuanto más antiguo es el origen que la suponen. Muchas son las versiones que corren sobre su origen; pero la más común es creer, la nacida en la India, cuando ocurrió el establecimiento de esas famosas escuelas que transmitieron las ciencias al Egipto, la Grecia y la Italia, en cuya primera época, después de brillar con Zoroastro y Confucio, floreció con Sócrates y Platón, y bajo el cetro del emperador Marco Aurelio, eclipsándose después con la gloria y las virtudes de Roma. La asignan después una segunda época de tres siglos de duración, floreciendo después casi enteramente bajo Constantino y bajo las disputas teológicas y la impericia de los sucesores de este Emperador. Ésta empieza con el Cristianismo cuando los judíos eran esclavos de los romanos, y éstos de sus tiranos. Después de las obscuras sombras de una larga noche de varios siglos, empieza la tercera época de esta institución, la que se supone trasladada á Europa por los caballeros Templarios; y así como se cuenta del ave fénix que renace de sus cenizas, así, después de la extinción de la orden del Temple, salieron en dicha disposición de sus hogueras los refundidores y continuadores de la secta, cuyos trabajos continuaron en la más tenebrosa obscuridad hasta últimos del siglo XVII y principios del XVIII, en que, después de difundida en la Gran Bretaña, pasó á extenderse por todo el continente europeo. Esta es la época más brillante, según sus sectarios.

No creo en la exactitud de esta tradición,

cuya versión es exacta. Primeramente diré que, de la misma manera que no creo sea más preclaro el origen de una nobleza de rancio abolengo porque los lacayos del señor usen pelucas muy viejas y bien empolvadas, tampoco creo más respetable una institución porque su origen sea más ó menos antiguo. De ser así, habría que creer más autorizado el paganismo de los antiguos que el Cristianismo de Jesucristo. No acepto, pues, la antigüedad como mérito de una cosa, salvo en los casos en que á la condición de antigua una la cualidad de buena, como sucede con nuestra divina religión, que, siendo eterna en sus fundamentos, en cuanto á la predicación cristiana, es infinitamente más moderna que el paganismo de los antiguos, reúne las condiciones de verdad, bondad y belleza de que el último carece; y como la masonería es perniciosa por sus fines, absurda é infame en los medios que emplea para alcanzarlos, y ridícula sobre todo lo ridículo en su esencia y en sus prácticas, de ahí que, por muy antigua que fuese, no dejaría de creerla perniciosa y ridícula.

Pero dejando estas consideraciones aparte, he dicho que no creo en las versiones, y, sobre todo, en la más corriente, que sobre su antigüedad circulan, y diré por qué. Sabido es que los antiguos indous y egipcios encerraban las ciencias en sus templos: aquéllas, en estado rudimentario aún, sólo allí se enseñaban, y era hasta cierto punto natural que los sacerdotes, sus únicos poseedores, no quisiesen comunicar los conocimientos que poseían, sino á un corto número de iniciados, cuya adhesión y reserva probasen por mil medios diferentes, y cuya permanencia entre ellos durante largo tiempo los asimilase en ideas y en tendencias, pues de este modo aseguraban dentro del Estado su supremacía religiosa y política: pero, ¿eran ellos los *maçons*, albañiles en francés, y *franc-maçons* después, por ser Francia la primera nación que co-

¹ Véase la pág. 73.

bijó en su seno esta secta? Claro es que no. No refutaré, pues, los asertos de escritores masones en que, con mucha formalidad, aducen textos para probar su antigüedad, textos sacados bien de la *Eneida* de Virgilio ó del *Asno de Oro* de Apuleyo, ó bien de los viajes de Pitágoras, porque se encuentra tan retorcido el sentido histórico para acomodarlo á sus deseos, que raya en absurda la interpretación. El hecho cierto es que de los conocimientos que de los antiguos misterios religiosos de los indios, egipcios, griegos y romanos se poseen, tal cual la historia imparcial nos los ha dado á conocer, á la moderna masonería tal cual salió formulada de la Logia llamada de San Pablo, media un abismo imposible de salvar, aun empleando todas las argucias y sofisterías que emplean los falsificadores de la historia cuando quieren acomodar la verdad de ella á sus fines particulares. No hay punto de contacto, pues. El hecho, indudablemente cierto, es que algún cerebro más ó menos vasto, más ó menos privilegiado, asociado con otros hombres por medio de vínculos fuertes y secretos con objeto de obtener algún fin político, fundó una sociedad secreta, que posteriormente, y de una manera progresiva y continuada, á semejanza de la bola de nieve convertida en avalancha, aumentaría esta asociación en número é importancia, y, para hacerla viable, la dieron dogmas, y la dieron también formas y organización; y si los primeros iniciadores fueron, por ventura, siervos sustraídos al poder feudal en Francia y dedicados á conspirar contra él, se encontraría justificado el nombre de *maçons* (albañiles). Este es mi parecer, que no trato de imponer á nadie: de ser exacto como creo, justificaría la verdad de que la esencia y fines de la masonería han sido derrocar poderes é instituciones que no estuviesen en armónica consonancia con las aspiraciones y deseos de sus afiliados.

Otra de las consideraciones que corroboran mi opinión, es que multitud de sus axiomas filosóficos están tomados en ciertos puntos *ad pedem litterae* de la doctrina de Jesucristo, y que una inmensa variedad de sus símbolos, toques, palabras, etc., ofrecen una semejanza tan grande con símbolos y doctrinas de nuestra Iglesia, que á la legua se conocen un remedo del cristianismo cuando no

del judaismo; lo que, bien pensado, hace creer que el origen y organización de la masonería es muy posterior al Cristianismo, y que sus fundadores, quizás cristianos disidentes de la verdadera Iglesia mezclados con judíos dispersos, no pudieron, aunque lo quisieran, sustraerse á su influjo.

Pero antes he de decir dos palabras sobre la organización de los masones.

La franc-masonería tiene gran número de ritos. El más antiguo y extendido es el rito escocés antiguo y aceptado, que es el que hoy practican los masones españoles, y digo hoy, porque antes de la revolución de Setiembre, el generalmente practicado era el rito francés, llamado rito antiguo reformado. Existen, además, el rito inglés ó de San Juan, el de la masonería ecléctica, el escocés filosófico, el de Tresler, Misraim, etc. Cada rito se practica separadamente, y cada país tiene una administración separada para cada rito.

El rito escocés antiguo y aceptado consta de 33 grados. Su masonería se divide en simbólica, filosófica ó religiosa, y sublime. La simbólica la componen los grados 1.º, 2.º y 3.º. La filosófica ó religiosa, los grados 9.º, 14, 17 y 18; y la sublime, los grados 30, 31, 32 y 33. De forma que, en realidad, sólo contiene 11 grados el mencionado rito. La complicada y necia balumba de ellos, y las estúpidas ceremonias de que cada uno consta, han hecho que se vayan dejando en desuso: así, que desde el grado 3.º del simbolismo pasan al 9.º, de éste al 14, luego al 17, y, finalmente, al 18, desde cuyo grado último de la parte filosófica saltan de una sola vez al 30, para seguir luego el orden hasta el 33 y último de la sublime y del rito.

Los grados primeros, ó sean los de aprendiz, compañero y maestro, son automáticos; la gran logia simbólica legisla sobre ellos, cuya reforma data de hace tres años, así como la autonomía del soberano capítulo general de caballeros Rosa Cruces, que así se denominan los grados filosóficos. Los grados 30 forman el capítulo de caballeros Kadoch; el 31 la gran cámara de Justicia; los 32 la de Ritos y administración, y los 33 el supremo Consejo de la orden.

El alto y supremo gobierno de la orden lo ejerce el Gran Oriente en pleno. Com-

pone el Gran Oriente la reunión de soberanos grandes inspectores generales del grado 33¹; las cámaras del 32, 31 y 30; el capítulo general de Rosa Cruces y la Gran logia simbólica.

Dije que su organización, símbolos, dogmas, etc., ofrecían tales analogías con nuestra Iglesia, que hacían sospechar que esa secta hubiese tratado de anexionárselos, plagiándolos de una manera que ofreciese conformidad con su esencia, y voy á probarlo:

Adora á Dios.

Ama á tu prójimo como á ti mismo.

No hagas á otro lo que no quieras para ti.

El verdadero culto que se rinde al Gran Arquitecto del Universo consiste en las buenas obras y en las buenas costumbres.

Ten siempre tu alma en estado de pureza, para comparecer dignamente delante del Gran Arquitecto del Universo.

Detesta la avaricia; quien ama las riquezas, ningún fruto sacará de ellas, y esto también es vanidad.

Ama la justicia, desprecia la iniquidad, y no juzgues para no ser juzgado.

Preceptos son estos del código masónico cuya simple enunciación hace comprender están tomados del Evangelio de Jesucristo, aunque alterando la redacción del texto.

La masonería tiene un soberano gran comendador, como la Iglesia católica tiene un Papa; tiene un gran maestro, como la Iglesia tiene un Primado; tiene su supremo consejo de la orden (gobierno de ella), como el Papa tiene su gobierno en los cardenales; tiene sus asambleas legislativas, como la Iglesia sus Concilios; tiene sus grados 32, 31, 30 y 18, como la Iglesia tiene sus Cardenales, Arzobispos, Obispos, etc.; en sus grandes maestros y grandes logias, ofrece parecido con los Obispos y el clero de las catedrales; tienen, finalmente, sus logias, como el clero sus iglesias, y cada logia su venerable maestro, como cada iglesia su párroco. Y aun dentro de cada logia existen diversas categorías entre ellos, del mismo modo que en una parroquia existen gradaciones en el clero parroquial. Por último: en sus aprendices pueden verse nuestros monaguillos y sacristanes.

En vista de lo expuesto, ¿puede haber alguien que no vea que su organización está literalmente copiada de la organización de nuestra santa Iglesia?

En sus iniciaciones se ve claramente la intención de parodiar nuestro santo bautismo; sale el néofito de la caja mortuoria después de hecho su testamento, renacido á una nueva vida; su lavatorio tiene entre ellos idéntica significación á la purificación de las aguas de la pila bautismal; la elevación á compañeros es su confirmación; como el católico en la Iglesia, aunque con otras ceremonias, practican su matrimonio y sus funerales.

Usan siempre tres golpes, que quieren significar la armonía entre Dios, el hombre y la creación; pregunta el compañero al maestro, llamándole, como los Apóstoles preguntaban á su divino Maestro.... y, ¿para qué cansarnos! Hasta el decorado de sus capítulos, que ostentan por lema de ellos la fe, la esperanza y la caridad, hasta las palabras de reconocimiento de sus grados 18.º: ¿Emmanuel?... *Dominus vobiscum*.... Todo, todo está revelando claramente el origen, la forma, la organización y los dogmas que han querido parodiar.

En vista de estas semblanzas, confirmo mi opinión sobre su origen, y pregunto: la sociedad que, como la masonería, no tiene nada propio, que es una vil y detestable parodia, ¿merece ser tomada en serio? En modo alguno. Alguien podrá preguntar: En vista de tal semejanza, ¿cabe creer que existan cerebros tan imbéciles que sean capaces de producir parodias tan estúpidas y que envuelvan una tendencia tan criminal como es la de producir separaciones, disgregaciones, en organismos tan altamente beneficiosos como lo es nuestra Santa Iglesia católica? La historia nos dice que sí. Los arrianos, jansenistas, iconoclastas, etc. así como el luteranismo, calvinismo, evangelismo, etc., han tomado por base aquella parte de nuestras cristianas doctrinas que más convenía á sus fines, tergiversando el sentido de ellas para acomodarlo á sus propósitos. Nada de particular tiene que la masonería procurase asimilarse todo lo beneficioso de nuestra doctrina, con tanta más razón, cuanto que la verdad es que el Cristianismo ha sido, es y será la antorcha ful-

¹ Soberbias denominaciones para un mortal!

gurante que guía á la humanidad en su marcha por el tiempo; y no ha habido imperio ni reino, institución ni sociedad, hombres ni pueblos que hayan podido sustraerse á su benéfico influjo, do quiera que haya podido extender el hálito ardiente de sus divinos dogmas. Por otra parte, no debe extrañarse que existan cerebros capaces de engendrar abortos como la masonería; es increíble las aberraciones y monstruosidades que suele crear el espíritu humano. ¿No data de nuestros días el espiritismo? ¿No son, por ventura, de hoy las predicaciones del mormonismo? ¿Y puede suponerse estupidez mayor, más grande estulticia y maldad que las doctrinas de Allan-Kardec, de José Smith y Bringham-Young?

DR. TÉRIVÉ.

EL DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA

VII.

PARA que vean nuestros lectores cómo escribe el indocto censor de la Academia, y á qué altura se encuentra en materias de gramática, vamos á citar unas palabras suyas, que en verso y todo, y parodiando al autor de las Doloras, como él dice, copiamos á continuación:

«¿Qué dirás qué es *Academia*?
¿Qué dirás

lector de mi alma?

»Pues *Academia* es 'f. (femenino) lugar ó sitio ameno'.... ¡Vaya si lo es, aunque sea mala concordancia!»

En las palabras que acabamos de copiar, puede entenderse una de dos cosas:

- 1.^a Que «*Academia*: f.» (femenino) es mala concordancia.
- 2.^a Que la mala concordancia está en las palabras «lugar ó sitio ameno».

En el primer caso, Escalada no sabe que antes de la palabra *femenino* se sobreentiende nombre, y que, por tanto, la idea que aquel adjetivo representa, no se refiere á la entidad Academia, sino al valor gramatical de este vocablo.

No saber esto es una ignorancia inverosímil.

En el segundo caso, Escalada ha cometido,

quizá adrede, una de esas garrafales, que, con toda la intención que cabe en el error invencible, suelta á cada momento, sin encomendarse á Dios ni al diablo; porque, ó las citadas palabras significan, ó quiere decir su autor con ellas que, para hacer una concordancia á toda ley, debió escribir la Academia «lugar ó sitio ameno». Elijan nuestros lectores lo que más en gana les viniere, para justificar el sentido del texto que citamos.

Ahora bien: después de soltar este petardo, entra el Zoylo á criticar la definición de Academia, y, con aterradora impavidez y en tono magistral y dogmático, añade: «Pero la definición sigue diciendo: 'Lugar ó sitio ameno en uno de los arrabales de Atenas, donde Platón y otros filósofos enseñaban la filosofía'. Todo lo cual, y mucho más que sigue, podrá servir para explicar el origen de la palabra ó de la cosa, pero no para dar idea de lo que hoy se entiende por Academia, que era, sin duda, lo más importante.» Estas palabras, que al pie de la letra copiamos del periódico *El Imparcial*, dan la medida exacta de lo que sabe nuestro lexicógrafo, que ignoraba, por lo visto, que existiera en el mundo semejante género de estudios, hasta que se vió por sus pecados metido en su crítica con el agua al cuello y tarquín un poco más abajo. En primer lugar, el origen de la palabra no se fija por las acepciones diversas que puede tener, y á las cuales se refiere indudablemente Escalada con las palabras «todo lo cual y mucho más que sigue». El origen de la palabra se fija con la etimología griega que el artículo citado encierra en el correspondiente paréntesis. Las distintas acepciones, que vienen después, sirven para explicar, no el origen de la palabra, sino las transformaciones que con el tiempo ha introducido el uso en la significación del vocablo; y esas acepciones están colocadas en el orden histórico que les corresponde, y por eso no se ha puesto sin duda la primera esa que tanto preocupa á Escalada, porque lo primero que se llamó *Academia* fué el jardín de Academo, donde Platón enseñaba su filosofía; después recibió el mismo nombre la escuela fundada por el gran filósofo. Más tarde, los latinos dieron por extensión este nombre á la escuela en donde se enseñaban con toda la amplitud posible las ciencias; y de aquí vino que nuestras Universidades se llamaran Academias, y así la famosa de Alcalá se llamaba Academia

Complutense, y de la insigne Universidad de Salamanca, dijo ya Lope en su *Circe* :

«Os dió por tanto lustre agradecida
Del Tormes la *Academia* generosa.»

Hasta más adelante no vino el llamarse *Academia* la Sociedad de personas literatas ó facultativas, establecida con autoridad pública para el adelantamiento de las ciencias, buenas letras, artes, etc. De suerte que el disparate hubiera sido colocar la primera una acepción, que por el tiempo en que aparece, y por la distancia á que se encuentra de la primitiva, no debe ocupar en el artículo otro sitio que el que ocupa. Por lo demás, sólo para quienes, como Escalada, ignoren la forma y modo de colocar en un artículo las acepciones del vocablo que lo encabeza, podrá ser verdad aquello de que «todo lo cual y mucho más que sigue, no podrá servir para dar idea de lo que hoy se entiende por *Academia*». Los que conozcan las leyes á que ha de someterse este género de trabajos, comprenderán de sobra que el artículo de que se trata, como todos los que contiene el excelente Diccionario académico, está escrito con un rigor lógico y una escrupulosidad histórica muy evidentes, si, pero que no pueden estar al menguado alcance de lexicógrafos y filólogos que preguntan en letras de molde quién es Federico Díez.

Pero no es sólo en la lógica lexicográfica donde brilla la ciencia de Escalada; es también en la sinonimia castellana, donde se atreve á penetrar, tan á ciegas y dejado de la mano de Dios, que da lástima verle. Quien lo dude, lea estas palabras suyas, en que suelta, no sabemos si también adrede, porque hasta ahora no lo ha dicho que sepamos, una verdadera espuerta de desatinos, que, trasladada aquí á la letra, dice así: «Por último, *adorar*, señores académicos, no es *reverenciar*, ni *besar la mano al Papa*, á quien, para inteligencia de Vds., no se le suele besar la mano, sino el pie; ni *reverencia* es lo mismo que *respeto*, ni *respeto* es lo mismo que *acatamiento*, porque *acatar*, aunque Vds. no lo digan, se parece mucho más á *obedecer*».

Para deshacer este enredijo, hay que tener en cuenta que la Academia no dice que *adorar* es *reverenciar*, sino «reverenciar con sumo honor y respeto á un ser, considerándole como cosa superior y divina»; y por eso, sin duda, en el *Valerio de las Historias* IX.-III.-II., se lee: «El Dios de Elías es Dios de Israel, y adoráronle»;

y en la *Historia de Nueva España*, por Solís, III.-II.: «Con igual obligación de adorar y reconocer á nuestra primera causa». Respecto á lo de que «adorar no es besar la mano al Papa», como ha dicho que no se le *suele* besar la mano sino el pie, y al menos parece que no niega que se le besa la mano, nos contentaremos con citar aquí la autoridad de Mariana, que en su *Historia de España*, XXI.-XIV., dice: «En el Concilio Basiliense, últimamente condenaron al Papa Eugenio, y *adoraron* á Amadeo, á cinco de Noviembre, con nombre de Félix quinto».

Tampoco dice la Academia que *reverencia* sea lo mismo que *respeto*, sino «respeto ó veneración que tiene una persona á otra»; y así debió entenderlo quien en la *Nueva Recopilación*, I.-II.-IV., escribió: «Y que las iglesias sean tratadas con gran *reverencia*, porque son casas diputadas para la oración y servicio de Dios»; y Ambrosio de Morales, VIII.-XV.: «Añadió también Sertorio grandes mañas, que con su severidad y mesura hacía pareciesen dignas de mucha *reverencia*». Ni dice tampoco la Academia que *respeto* es lo mismo que *acatamiento*, sino que es «miramiento, veneración, acatamiento (sin lo mismo), que se hace á uno»; y que así es, puede verse en las obras de Ambrosio de Morales, VIII.-VIII., que dice: «Para que todos le tuviesen el respeto y *acatamiento* debido, comenzóles á tratar con alguna aspereza»; y por eso mismo la Academia no ha dicho que *acatamiento* sea *respeto*, veneración, etc., sino «la acción y efecto de *acatar*». Así como *acatar* lo define en la primera acepción, venerar, respetar, en contra de lo cual afirma Escalada que *se parece mucho más á obedecer*. Y, efectivamente, aunque lo de que se parece mucho más á obedecer es muy elástico y nada propio de la precisión y exactitud que debe dominar en el lenguaje, cuando de estas materias se trata, vamos á demostrar que, con efecto, *acatar* y *obedecer* no se parecen, como no sea mirados tan de lejos como está Escalada de la ciencia filológica. En primer lugar, son palabras de distinto origen: *acatar* es un compuesto de *a* y *catar*, que procede del bajo latín *captare*, mirar atentamente, de donde le vino la significación de respetar ó venerar, por la atención que el que venera ó respeta pone en no ofender, aun por descuido, al objeto respetado ó venerado. *Obedecer*, procede del latino *obedire* por *obaudire*, compuesto de la preposición *ob* y *audio*, obedecer; y de aquí que



obedecer sea cumplir la voluntad de quien manda. De modo que, lejos de parecerse, se diferencian en que *acatar* es venerar y respetar, y, por tanto, y como consecuencia de la veneración y respeto, obedecer; y *obedecer* es cumplir lo que ordena el que manda, respétesele ó no. La idea de *acatar* es más general y de mayor extensión; *obedecer* representa una idea menos general y extensa: el que acata, obedece siempre; el que obedece, no siempre acata, como ocurre cuando cedé á la fuerza material ó á la presión de las circunstancias. Las siguientes autoridades pondrán más en claro esta doctrina: Juan de Mena, en la copla 257, dice:

«A su señor propio no viene *acatando*»;

en donde se interpreta que no sólo no obedece, sino que el que tal hace, no tiene hacia su propio señor veneración ni respeto. En la *Crónica General*, III.-II., se lee: «Y que les enviase un rey á quien *acatasen*»: es decir, un rey á quien tuviesen veneración y respeto suficientes para cumplir su voluntad ú obedecerle. Todavía se ve mas claramente esta diferencia en el derivado *acatamiento*. Dice el Comendador Griego, *Sobre las trescientas de Juan de Mena*: «Las estatuas de los Dioses Troyanos las llevaron á Roma, y los romanos las tuvieron en mucho, *acatamiento*», es decir, en gran *veneración*, y Fr. Luis de Granada, en la *Escala espiritual*: «Poderle hablar con el *acatamiento* (es decir, respeto) y reverencia que se le debe». Lo mismo confirma el uso que del participio *acatado* hace Juan de Mena en la copla 10, donde dice:

«Más bien *acatada* tu varia mudanza

Por ley te gobiernas magüer discrepante»;

donde *acatada* vale tanto como *respetada*. Y en las *Partidas*, I.-I.-IV.: «Complidas decimos que deben ser las leyes é muy cuidadas é muy *acatadas*», donde cualquiera comprende que el legislador no se contenta con que las leyes sean cumplidas, es decir, obedecidas; sino que exige además que este cumplimiento nazca de la veneración y respeto que deben inspirar á los que han de obedecerlas. Respecto á *obedecer*, está tan lejos de significar la idea de veneración ó respeto, que D. Antonio de Fuenmayor, en su *Vida de San Pío V*, escribió: «Pero un ánimo altivo y para mandar, pasa de los límites de buen súbdito cuando ha de obedecer»; es decir, que el ánimo altivo, el ánimo que mira á los demás, no con el debido respeto y consideración, sino como Escalada mira á

los que saben más que él, con desprecio, puede obedecer. Pero todavía resalta más la indiferencia que entre *acatar* y *obedecer* hemos notado, en aquellas palabras de Antonio de Herrera, que en su *Historia General de las Indias* IV.-VI.-V., escribe: «Desde allí corría la tierra; y los indios, por no *obedecerle*, se retiraban»; es decir, que los indios, por lo mismo que no sentían respeto ni veneración, se retiraban para no verse obligados á cumplir por la fuerza una voluntad que no respetaban ó *acataban*.

¿Después de esto, se atreverá á sostener Escalada que *acatar* se parece más *obedecer*? ¿Se van enterando ya los lectores de *El Imparcial* de que por el sistema de Escalada no es difícil ostentar el *ingenio* de que alardea el *ingenioso* colaborador filólogo, lexicógrafo, naturalista, etc., etc., que así ignora el origen y acepciones de las palabras castellanas, como los nombres y hasta la existencia de las plantas más vulgares y conocidas?

QUINTILIUS.

ET IN TERRA PAX HOMINIBUS!...

II.

GLORIA á Dios en las alturas! Así cantaba el ejército celeste, para añadir en seguida:
—«¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Toda carne había corrompido sus vías, pero el Verbo Eterno se hizo hombre por un misterio de amor, hasta ahora incomprensible. *Et verbum caro factum est et habitabit in nobis*, demostrando que la gloria de la redención corresponde exclusivamente al Verbo, Dios de Dios, luz de luz. Pero el objeto principal del misterio, después de éste de la glorificación divina, fué el reinado de la paz entre los hombres.

La primera parte, pues, de las alegrías angélicas, es comprensible y halla eco entre todos los corazones; pero la segunda parte no está consumada; porque no ha reinado, ni reina todavía la paz deseada en la morada terrenal....
¡No hay paz entre el hombre y el hombre!
¡No hay paz entre el hombre y la naturaleza!—
¿Cómo cantar con el mismo entusiasmo:—«Paz á los hombres de buena voluntad», con la misma fuerza de convicción que entonamos el *Gloria in excelsis Deo*?

No hay paz entre el hombre en su pecado y Dios, y, ¿quién podrá dudarlo? ¿Conocéis el terror que inspira el encuentro con alguno de nuestros semejantes, en quienes resplandece sobre todo la imagen y la semejanza con la inteligencia y la virtud divinas? Fijaos en una personalidad afamada, llena de honradez, coronada de bondad, modelo de energía, tipo de

viril, de augusta independencia, pero que alguna vez ha caído

—Anadie tiene por qué temer, dicen á una voz cuantos reconocen sus privilegios. Y, con efecto, nada teme, fuera de una cosa, la mirada de otro hombre que fué algún día el testigo y tal vez la víctima de un pecado.

Ahora bien, señores: esa mirada que recuerda tan vivamente el pecado y enciende en rubor la frente más altanera, no hay pecador que no la haya sorprendido con dolor, por lo menos, en el fondo de su conciencia. Pero, ¿qué digo en la conciencia recóndita? ¡Ninguno ha dejado de sorprenderla en un cómplice, en una víctima, ó acaso en un ser superior que le ofende con su virtud! ¡Ah! ¡Yo sé cuántos sacrificios se arrostran por evitar miradas de esa clase! ¡A veces se nos figura que hemos conseguido evitarlas para siempre, porque la conciencia llegó á anularse, y hace tiempo que aquella novedad no nos inquieta! ¡Somos entonces semejantes á Herodes, que se gloriaba de que ya no había voz alguna que se alzase en su reino para afearle su crimen desde que condenó á muerte á Juan Bautista! Dudó que llegase el día, que no tardó, en que se le anunciase la aparición de otro sabio, de otro profeta, que, lo mismo que Juan, clamara contra la injusticia de los tiranos y pidiera con gritos clamorosos el arrepentimiento.

El tirano, en su grosero engreimiento, decía entonces:—«Hice cortar la cabeza al Bautista venerado, ¿cómo, pues, se atreve á sucederle otro hombre en la osadía de acriminarme?» Asimismo, así recuerdo que nos sucede á cada uno de nosotros, cuando sospechamos que el ojo escrutador que á todas partes nos sigue ha desaparecido aparentemente de nuestra vista y de nuestra memoria. ¡La ilusión nos dura, cuando de pronto aparece de nuevo, cortándonos el paso, endureciendo nuestra almohada, poblando nuestro sueño de visiones irresistibles, y temblamos de miedo!

No hay uno entre nosotros, ni uno, que, si no ha sabido abrazarse á la cruz de la santa Víctima, no haya temblado ante la mirada misteriosa de un Dios, deteniéndose sobre el corazón para dejar allí, como huella indeleble, aquella impresión de miedo y orfandad de que habla San Pablo, tan opuesta al espíritu de adopción que saborea todo cristiano á quien le es dado contemplar á un Dios con plena confianza, como á un Padre amoroso, así en sus alegrías como en sus adversidades.

Fuera de la virtud, fuera del perdón que redime, no hay, no puede haber paz entre el hombre y su Dios. Y si por acaso os fuera indispensable una confirmación decisiva de vuestra experiencia personal, no hagáis más que leer la historia de las religiones paganas, ó consultad, si queréis, sobre estos particulares á los últimos misioneros, y ellos y la historia os dirán que, á pesar de lo muy diversas que se muestran estas religiones en sus dogmas y ritos, á cual más groseros, todas ostentan este rasgo irremediable que las es común: todas tiemblan ante su Dios mas que le aman... Reconozcamos, pues, que fuera del Evangelio, la alegría por el nacimiento de un Dios humanado es desconocida, y no es posible la paz entre el hombre y su Dios. ¿Y cómo vivir sin esta paz, Dios mío? ¿Y cómo hallarla después del desencanto

en que nos deja, ver que pueblos y siglos la han buscado vanamente en sus necesidades y aflicciones? María, la santa de Nazaret, la madre de Belén, nos revela el único sendero que á esta paz conduce. Su contestación al ángel que le anunciaba el privilegio de maternidad á que la elevaba el Eterno Padre, lo dice con la claridad de la sencillez, que es el secreto de la luz. «Hágase en mí según tu palabra!»

Fiat mihi secundum verbum tuum! ¡Gran Dios! María la privilegiada no acepta el privilegio por un movimiento de la propia voluntad! No dice *quiero* al otorgar su asentimiento para la paz del mundo, sino que todo lo somete á la voluntad, á la palabra del Espíritu Santo, su inmaterial, su divino esposo. ¿Y los hijos de María, desconocen esta pasividad sublime, esta manera de aceptar lo que á nuestra voluntad se propone? Jesucristo elevó á plegaria modelo la expresión admirable de su Madre santísima: «*Fiat voluntas Dei!*» ¡Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo! Aceptad la expresión, apropiadla á vuestro corazón necesitado, porque sólo así se cumplirá la condición del himno de Noche-Buena. «*Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*» ¿Puede la voluntad humana ser buena, puede ser más bendita apartándose de este *Fiat misterioso de la Madre y del Niño?* «*Fiat mihi secundum verbum tuum!*» ¡Hágase en mí según tu palabra! «*Fiat voluntas Dei!*» Esto es: ¡Hágase todo según la palabra sacrosanta é inefable de nuestro Dios!

¡Oh, sí, Padre y Señor mío! Hijo de María, Niño bajado del cielo, mi deseo más vivo es conocer tu voluntad, y averiguar lo que tu palabra me ordena, porque para esto se verificó el misterio admirable de tu Encarnación. *Et Verbum caro factum est, et habitabit in nobis! Et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre!* ¡La misma gloria que á tu Padre divinísimo elevaron los ángeles desde los collados eternos!

¿Qué haremos, Señor; qué debemos hacer para procurarnos la paz entre los hombres de voluntad tan buena como tú deseas?

Tu palabra, contenida en las divinas revelaciones, lo enseña con insistencia amorosa. Esa es la repetición que caracteriza tu amor de niño y el balbucear constante de tus incansables caricias.

Os aseguro, por tanto, amados hermanos míos, que en la Sagrada Escritura, bajo el magisterio divino de la Iglesia, bebo como de fuente purísima las consideraciones que expongo á vuestra piedad.

Y quisiera antes fijar vuestra atención en un hecho que sirve de prefacio á la Sagrada Escritura sobre la paz. Siempre, en todas las edades cristianas, desde la Noche-Buena y el asesinato de los Santos Inocentes, ha habido hombres de alta sabiduría que alzaron su voz contra el crimen de la guerra.

No me neguéis que después de la muerte del Redentor, y durante un largo período de tiempo, la paz octaviana fué una verdad, y los cristianos creyeron que les estaba prohibido ser soldados. Todos los autores de aquella época, verdaderamente paradisíaca, se deshacían en alabanzas y clamores de gloria por los primeros resultados de la redención.

Ellos especifican que el hecho solo de ser

cristiano vedaba á los discípulos del que murió en la cruz aceptar las armas de los emperadores. Acordémonos de un Maximiliano, acusado ante un tribunal severo por negarse á servir con la espada: «Soy cristiano (decía en su defensa), y no me es lícito combatir como los soldados de César». Por esta defensa, entonces escandalosa, fué condenado al martirio. Marcelo era ya soldado cuando averiguó que la profesión de las armas en ciertos casos era contraria á la paz de Jesucristo, y abandonó aquel puesto. «Ninguna consideración humana puede obligar á un cristiano á batirse con sus hermanos», dijo, y fué mártir de su palabra.

Y estas no eran opiniones de unos cuantos, miras exclusivas de algunos entusiastas, no; sino que fueron hasta mediados del siglo III la conducta observada por muchos católicos, tanto, que renombrados autores del siglo II reconocen en aquella general repugnancia al manejo de las armas el cumplimiento de las profecías de Isaías, cap. II, vers. 4, y Miqueas, cap. IV, vers. 3.

Mas tarde, es verdad, los cristianos, mercedores siempre del título de creyentes, consintieron que se les incorporase en los ejércitos; porque, después de todo, no habiendo sido convertido todavía el mundo, no animando á todos el espíritu cristiano, la guerra, en su parte defensiva al menos, es justa.....

La doctrina católica, en lo demás, alienta al cristiano á un combate, sí, pero combate espiritual, y no con armas mortíferas. Nuestro Señor Jesucristo lo expresa él mismo en estas palabras memorables, nunca bastante repetidas: «¡Mi reino no es de este mundo!» San Pablo se expresa así en la segunda epístola á los Corintios, x, 3 y 4: «¡Aunque cierto vivimos en la carne, no por eso combatimos según la carne, ni son carnales las armas con que nos es lícito combatir!»

¿Qué armas son las propias de nuestras manos ungidas? En la epístola á los Efesios las describe el cap. VI, versículos 11 y 17. «Nuestros pies deben calzar el Evangelio de paz.» «Andar debemos, dice el cap. V, vers. 16 á los Gálatas, según el espíritu, pero de ninguna manera dejarnos guiar por los deseos de la carne.» ¿Y cuáles son los frutos del espíritu? «La caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la bondad», cap. V, versículos 22 y 23. Y la misma epístola también, en el cap. V, versículos anteriores 19 y 20, presenta con los del espíritu el contraste de los frutos de la carne, diciendo: «Estos no son otros que grandes enemistades, celos, querellas, disputas, divisiones».

¡Ah! ¡La paz! ¡La guerra! ¿Forman por acaso asunto inútil de tratar? No es más bien el más oportuno en nuestros aciagos días sin paz? ¿Quién será el que, defendiendo una teoría y concretándose á la vaga y libre región de las generalidades, osa hablar contra la paz y á favor de la guerra? Ya ningún partido, ningún publicista, ningún Maquiavelo se atreve á aconsejar á ningún gobierno que se abandone á la injusta pasión de las conquistas, así como nadie acierta tampoco á defender á los utopistas de profesión.....

Pero no es menos cierto que, fuera de las teorías, y tratándose de hechos de actualidad, la guerra, aun fuera de las circunstancias en que se hace necesaria, cuenta con decididos partidarios.

¿Por qué? Porque la pasión de los combates

y el ardor guerrero son, entre las inclinaciones humanas, las más arriesgadas, y peligrosas.... Explicar esto es muy fácil. Sólo, huérfano en este mundo de abrojos é inclemencias, el hombre nace inerme, sin medios de defensa, llorando de hambre y de frío. En el estado salvaje, por consiguiente, el defendernos es la más imperiosa de nuestras necesidades, más urgente aún que la de procurarse alimento. Saber acudir á la defensa de nuestros parientes y amigos es el primer mérito apreciable, y, por tanto, haber vencido es la ganancia más preciosa de nuestro porvenir.

Pero fuera del cristianismo, sobre todo, la guerra trae las peores consecuencias. Los guerreros salvan la vida á alguno de sus vencidos; mas ¿con qué fin? Con el de hacerlos servir de esclavos. Las mujeres y los niños, más tarde los mismos hombres, se convierten en siervos, en propiedad miserable del vencedor. Y desde entonces el trabajo, esa gloria del hombre, es reputado ignominioso lote del servilismo. Los ciudadanos de Atenas y de Roma se estimaban condenados si les era indispensable trabajar para el sustento suyo y de sus familias. Los ociosos del foro y los placeres de las Olimpiadas eran los únicos dignos de aquellos señores del mundo. Y cuando ya muy tarde vino el cristianismo á abolir la esclavitud, el trabajo principió á ser una profesión noble.

Los conquistadores paganos no conocieron más gloria que la de la espada, y después la de la ociosidad y la de su hermana la ignorancia. Hoy, al menos, el trabajo no es una inferioridad; no hay gloria en ser inútil, aunque se alcance la dicha de ser poderoso ó rico. Pero si el trabajo es hoy magnificado, la guerra, sin embargo, en pueblos como Rusia, Alemania, Inglaterra, separados de las verdaderas y más puras vías del cristianismo, cuenta con muchos partidarios, en tanto que la noche primera de nuestra redención sigue entonando el himno de los ángeles: «¡Paz á los hombres de buena voluntad!» Y en tanto que al decirnos adiós Jesucristo en su divina Ascensión, añadía estas palabras de dulzura: «¡Mi paz os dejo, mi paz os doy!» Y en tanto que en el sermón inolvidable de la Montaña, sus labios infalibles exclamaban: «¡Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados los hijos de Dios!»

Si prescindiendo ahora de las grandes masas de pueblos, consideramos á cada hombre en sí mismo; ¿quién duda que en ellos hay que reconocer instintos generosos que los impulsan de continuo á trabajar en bien de los necesitados? Pero muchas veces lo que de cierto veis en el fondo de estos instintos y de las brillantes teorías que ellos engendran, no es la paz, la verdadera paz generosa que debiera predominar entre hermanos; no es aquella paz cuyo carácter distintivo es la persecución de un mismo objeto procurado en común para el bien de todos sin distinción; no es, en una palabra, la paz de Dios, que debemos recibir como una bendición del cielo, presagio de la eterna gloria.....

Fuera de Dios, la humanidad es fragmentaria; negado el Padre, no existen los hermanos. Sí, quedan los hombres; pero la humanidad, no; ésta fuera del catolicismo, no es todo lo que debe ser en pureza y caridad. ¿Por qué? ¿Por qué han de seguir cantando los espíritus puros de

la sagrada noche: ¡Paz, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! Jesús vino á establecer cuanto antes la paz entre Dios y nuestro linaje, dividido y subdividido por inexorables, desventuras. Vino á restablecer esa paz bendita, diciéndonos por medio de su venida en el establo, por su humildad incomparable, por su palabra insinuante, por su compasión sin límites, por su sacrificio doloroso: «Dios es vuestro Padre y os ama entrañablemente.» Y, uniendo el hecho á la doctrina, tomó sobre sí hasta los abismos de la vida y de la muerte la humillación absoluta que nos correspondía á nosotros, pero que nosotros no siempre sabemos, ni queremos ofrecer á nuestro Dios ultrajado.

Vino á restablecer también la paz entre el hombre y el hombre, devolviéndonos un Padre al fin reconciliador. A cada uno de nosotros ha dicho, y dice diariamente: «¿Ves á ese hombre que te es indiferente á primera vista? ¡Pues ese es tu hermano!... ..»

Paz en la tierra. ¡Paz!

Se necesita valor y muchísima fe para seguir repitiendo, como lo hacemos, esta palabra encantadora, cuyo mayor encanto es desconocido aún; porque hoy, en el año de gracia de 1885, después de diez y nueve siglos de Navidades y cristianismo anhelante, estamos muy lejos de conocer la paz que Jesucristo quiso encarnar entre los hombres!

Considero aquí en particular la paz necesaria en las sociedades, entre los hombres del hogar, de la familia, del gobierno, de la justicia, del magisterio. ¡Ay! ¡Cuánta lucha en busca de este beneficio sin haber alcanzado más que empeorar la situación, y revolvernos contra nuestro objeto más anhelado! ¡Ay! ¡Cuántas ilusiones y cuántas esperanzas hemos perdido en este punto! ¡Cuántos y cuántos sistemas que tenían la pretensión de entronizar la paz en el mundo, los hemos visto caer como fantasmas deleznales á los primeros embates de una espantosa realidad! ¡Y cuántos hombres en medio de nosotros, que todavía no se aman, que acarician unos contra otros ideas y propósitos de desconfianza ó desprecio, y de venganza en días afflictivos! ¡Con qué fuerza se impone á nosotros este pensamiento terrible, que lo que de cierto reina en nuestras sociedades, singularmente en los pueblos alejados del espíritu del catolicismo, es á lo más tregua de días, un *modus vivendi* meticuloso, un *statu quo ante bellum*, pero de ninguna manera, nunca la soberana paz de Jesucristo, Redentor de los pueblos!

T. M.

EL PROTESTANTISMO

REFUTADO

POR LA BIBLIA¹

ARTÍCULO VIII.

El símbolo católico y la profesión de fe erigida por Pío IV.

EN realidad no hay en la Iglesia católica más que un solo símbolo, que es el de los Apóstoles, comúnmente conocido por el Credo; por más que se llamen también así el

de Nicea y el de Constantinopla, y aun el que lleva el nombre de San Atanasio, sea ó no éste célebre Doctor el que lo compuso.

El símbolo de Nicea es el mismo de los Apóstoles, con sólo alguna explicación en lo que se refiere á Nuestro Señor Jesucristo, añadida para confundir á los arrianos que negaban su divinidad. Por ejemplo; en el artículo segundo, el Concilio dice: «Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios; y nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero engendrado no hecho, consubstancial al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas.»

El símbolo constantinopolitano es también el mismo de los Apóstoles, desenvuelto contra los macedonianos, que negaban el Espíritu Santo; y en el artículo nueve se dice: «Creo en el Espíritu Santo, que también es Señor y confiere la vida; que procede del Padre y del Hijo, y que con el Padre y el Hijo recibe las mismas adoraciones y una misma gloria, y que habló por los Profetas.»

Tras de éstos, viene el símbolo de San Atanasio, contra los arrianos, nestorianos, y eutiquianos; cuyo símbolo parece al propio tiempo hecho contra algunas de las fracciones protestantes, especialmente contra los socinianos.

Helo aquí tal como se lee en el Breviario Romano:

«Cualquiera que desee ser salvo, antes que todas las cosas debe tener la fe católica.

»Y si alguno no la conservase íntegra en toda su pureza, sin duda perecerá eternamente.

»Mas la fe católica consiste en adorar un solo Dios en Trinidad, y la Trinidad en unidad.

»Sin confundir las personas, ni separar su substancia.

»Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo.

»Pero la divinidad del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo es una, igual en su gloria, coeterna su majestad.

»Tal como es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo.

»Inmenso es el Padre, inmenso es el Hijo, inmenso es el Espíritu Santo.

»Eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu Santo.

»Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo Dios eterno.

»Como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado, y un solo inmenso,

»Igualmente el Padre es omnipotente, el Hijo es omnipotente, el Espíritu Santo es omnipotente.

»Y con todo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

¹ Véase la pág. 81.

»Así el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

»Y, sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios.

»Así el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

»Y, sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor.

»Porque así como la religión cristiana nos obliga á reconocer que cada una de las personas es Dios y Señor, así la fe católica nos prohíbe decir sean tres Dioses ó tres Señores.

»El Padre no fué hecho por ninguno, ni creado, ni engendrado.

»El Hijo es del Padre sólo, no hecho y creado, sino engendrado.

»El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, no creado ni engendrado, sino procedente.

»Luego hay un solo Padre, y no tres Padres; un solo Hijo, y no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, y no tres Espíritus Santos.

»Y en esta Trinidad, ninguno es antes ni después; ninguno es mayor ni menor, sino todas tres personas son coeternas é iguales.

»Así, bajo todos aspectos, como dijimos arriba, debemos adorar la unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad.

»Aquel que quiera salvarse, debe creer así acerca de la Trinidad.

»Igualmente es necesario para la salvación eterna que crea fielmente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

»Luego es verdadera fe el creer y confesar que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre.

»Es Dios, engendrado de la substancia del Padre antes de todos los siglos; y es hombre de la substancia de su madre, nacido en el tiempo.

»Dios perfecto, hombre perfecto, subsistente de un alma racional y de un cuerpo humano.

»Igual al Padre, según la divinidad; menor que el Padre, según la humanidad.

»El cual, no obstante ser Dios y hombre, no es dos, sino un solo Cristo.

»Es uno, no porque la divinidad se convierta en carne, sino porque la divinidad se ha apropiado la humanidad.

»Uno es, en fin, no por confusión de substancia, sino por unidad de persona.

»Porque así como el alma racional y la carne forman un solo hombre, así Dios y el hombre son un solo Cristo.

»El cual padeció por nuestra salvación, bajó á los infiernos, y al tercero día resucitó de entre los muertos.

»Subió á los cielos, está sentado á la diestra de

Dios Padre Todopoderoso, de donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.

»Y en cuanto venga, todos los hombres deben resucitar con sus cuerpos, y dar cuenta de sus propias acciones.

»Y los que hubieren hecho bien, irán á la vida eterna, y los que mal, irán al fuego eterno.

»Esta es la fe católica, la cual, si alguno fiel y firmemente no creyere, en manera alguna podrá salvarse.»

Para completar este artículo, pondremos aquí la profesión de fe erigida por el Papa Pío IV; pues tan acertada y cabalmente responde á la condenación de los principales errores de nuestros tiempos, que no son más que reproducción de los del siglo XVI, así como éstos lo son de otras edades. En materia de errores, podemos decir aquello de Salomón: *No hay nada nuevo debajo del sol*. Miserables rapsodias; he ahí lo único que se ve.

Pero vamos á la profesión de fe de Pío IV, la cual es como sigue:

«Ego, N., firma fide credo et profiteor omnia et singula quae continentur in simbolo fidei quo Sancta Romana Ecclesia utitur; videlicet:»

«Yo, N., creo con una fe firme, y confieso en general y en particular todo lo que está contenido en el símbolo de la fe, de que la Santa Iglesia Romana se sirve; conviene á saber:»

(Principia por el símbolo de Nicea de que antes hemos dado cuenta, y es el mismo credo que se dice en la Misa; después continúa:)

«Apostolicas et ecclesiasticas traditiones: reliquasque ejusdem Ecclesiae observationes, et constitutiones, firmissime admitto et amplecto.

Item Sacram Scripturam juxta eum sensum quem tenet et tenuit Sancta Mater Ecclesia, cujus est judicare de vero sensu et interpretatione Sacram Scripturarum, admitto; nec eam unquam nisi juxta unanimum consensum Patrum accipiam et interpretabor.

«De lo cual admito y abrazo firmemente las tradiciones apostólicas y eclesiásticas, con todas las prácticas y constituciones de la Santa Iglesia.

Además admito la Sagrada Escritura, según el sentido que la ha dado y la da la Santa Madre Iglesia, á la cual corresponde juzgar del verdadero sentido é interpretación de los libros sagrados, los que no entenderé ni interpretaré jamás sino según el unánime consentimiento de los Santos Padres.

Profiteor quoque septem esse vere et proprie sacramenta novae legis á Jesu Christo Domino nostro instituta, atque ad salutem humani generis, licet non omnia singulis necessaria; scilicet: Baptismum, Confirmationem, Eucharistiam, Poenitentiam, Extremam Unionem, Ordinem et Matrimonium; illamque gratiam conferre: et ex his

Confieso también que hay verdadera y propiamente siete sacramentos de la nueva ley, instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para la salvación del género humano, aunque no todos son necesarios, á saber: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Extremaunción, Orden y Matrimonio; que todos confieren la gracia, y que el Bautismo, la

Baptismum, Confirmationem et Ordinem, sine sacrilegia reiterari non posse. Receptos quoque et approbatos Ecclesiae catholicae ritus in supradictorum omnium sacramentorum solemnī administratione recipio et admitto.

Omnia et singula quae de peccato originali, et de justificatione in sacrosancta Tridentina synodo definita et declarata fuerunt amplector et recipio.

Profiteor pariter in Missa offerri Deo verum, proprium et propitiatorium sacrificium pro vivis et defunctis, atque in sanctissimo Eucharistiae sacramento esse vere, realiter et substantialiter corpus et sanguinem, una cum anima et divinitate Domini Nostri Jesu Christi; fierique conversionem totius substantiae panis in corpus, et totius substantiae vini in sanguinem; quam conversionem catholica Ecclesia transubstantiationem appellat. Fateor etiam sub altera tantum specie totum atque integrum Christum, verumque sacramentum sumi.

Constanter teneo purgatorium esse, animasque ibi delectas fidelium suffragiis juvari.

Similiter et sanctos una eum Christo regnantes venerandos atque invocandos esse, eosque orationes Deo pro nobis offerre, atque eorum reliquias esse venerandas.

Firmissime assero imágenes Christi ac Deiparae semper Virginis, necnon aliorum sanctorum habendas et retinendas esse, atque eis debitum honorem ac venerationem impertiendam.

Indulgentiarum etiam potestatem a Christo in Ecclesia relictam fuisse, illarumque usum christiano populo salutare esse assero.

Sanctam, catholicam, et apostolicam romanam Ecclesiam omnium ecclesiarum matrem et magistrum agnosco, Romanoque Pontifici beati Pe-

Confirmación y el Orden, no pueden reiterarse sin cometer sacrilegio. Recibo y admito igualmente los usos de la Iglesia católica, recibidos y aprobados en la administración solemne de estos Sacramentos.

Recibo y abrazo todas y cada una de las cosas que se han definido y declarado en el santo Concilio de Trento acerca del pecado original y de la justificación.

Confieso también que en la Misa se ofrece por los vivos y difuntos el verdadero sacrificio propio y propiciatorio: que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía está verdadera, real y substancialmente el cuerpo y sangre de Jesucristo, y que toda la substancia del pan se convierte en su cuerpo, y toda la substancia del vino en su sangre, á cuya mudanza da la Iglesia católica el nombre de transubstanciación. Confieso asimismo que se recibe á Jesucristo todo entero, como también el verdadero Sacramento, en cada una de las dos especies.

Tengo por constante que hay purgatorio, y que en él reciben alivio las almas con los sufragios de los fieles.

Creo igualmente que los Santos que reinan con Jesucristo, deben ser honrados é invocados; que ofrecen á Dios sus oraciones por nosotros, y deben ser veneradas sus reliquias.

Estoy en la firme creencia de que deben conservarse y retenerse las imágenes de Jesucristo, las de la Madre de Dios siempre Virgen, y las de los otros Santos; y de que se las debe dar el honor y la veneración conveniente.

Confieso también que Jesucristo dejó á la Iglesia la potestad necesaria para conceder indulgencias, y que su uso es muy saludable al pueblo cristiano.

Reconozco á la Iglesia católica y apostólica romana por madre y maestra de todas las iglesias; y juro y prometo verdadera obediencia al Ro-

tri Apostolorum principis sucesori, ac Jesu Christi Vicario, veram obedientiam spondeo ac juro.

Caetera item omnia a sacris canonibus et oecumenicis conciliis, ac praecipue a sacrosancta tridentina synodo tradita, definitiva, ac declarata indubitanter recipio ac profiteor.

Simulque contraria omnia, atque haereses quascumque ab Ecclesia damnatas, rejectas, et anathematizadas, ego pariter damno, rejicio, et anathematizo.

Hanc veram catholicam fidem extra quam nemo salvus esse potest, quam in praesenti sponte profiteor, et veraciter teneo, eamque integram, et inviolatam usque ad extremum vitae spiritum constanter, Deo adjuvante, retinere et confiteri, atque a meis subditis vel illis quorum cura ad me in meo munere spectabit, teneri, doceri, et praedicari, quantum in me erit, curaturum ego idem N. spondeo, voveo ac juro.

Sic me Deus adjuvet, et haec sancta Evangelia.

mano Pontifice, Vicario de Jesucristo, y sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

Confieso y recibo sin ninguna duda todas las demás cosas que constan y han definido y declarado los Santos cánones, y los Concilios ecuménicos, especialmente el santo y sagrado Concilio de Trento.

Condeno, repruebo y anatematizo todas las cosas contrarias, con todas las herejías, cualesquiera que sean, que han sido condenadas, reprobadas y anatematizadas por la Iglesia.

Juro, prometo y me obligo á conservar y profesar constantemente y de un modo inviolable en toda su integridad, hasta el último aliento de mi vida, con el auxilio de Dios, esta fe verdadera y católica, sin la cual no hay salvación; y la confieso actualmente con toda mi voluntad: obligándome asimismo á contribuir en cuanto esté de mi parte á que la prediquen, enseñen y conserven los que dependen de mí, ó los que por razón de mi empleo estén bajo mi vigilancia.

Así me ayude Dios, y sus Santos Evangelios.

FR. JOSÉ COLL.

LA CRONOLOGÍA

DE

LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

SEGÚN LA BIBLIA Y LAS FUENTES PROFANAS ¹.

III.

No es posible decir lo mismo en lo que se refiere al origen del hombre. Los sabios modernos le atribuyen un origen mucho más moderno que á la tierra, pero mucho más antiguo que el que siempre le han concedido los comentadores de la Biblia. Es verdad que reconocen, confirmando de esta manera la narración del Génesis, que nuestros primeros antepasados

¹ Véase la pág. 60.

no aparecieron en nuestro globo hasta después de existir las plantas y los animales.

«Reflexionando en la larga serie de acontecimientos ocurridos en el período post plioceno, y en el período moderno que hemos estudiado, dice Lyell, se advertirá que la fecha asignada á la primera aparición del hombre, llegando hasta el momento á que nos conducen por hoy las investigaciones geológicas, es extremadamente moderna con relación á la edad de la fauna y de la flora existentes, y con relación á la época en que la mayor parte de las especies de animales y de plantas hoy vivas han adoptado su distribución geográfica actual ¹.»

Pero si los mismos incrédulos se ven obligados á rendir homenaje en este punto al texto sagrado, toman en cambio el desquite fijando á su gusto la antigüedad de nuestra especie. Hæckel y los que, como él, sostienen que somos descendientes de los monos antropoideos, prodigan siglos sin cuento, con objeto de explicar, primero el paso del estado bestial al estado humano, y para dar después á los primeros hombres, que apenas se distinguían del animal en un principio, el tiempo necesario para elevarse al nivel intelectual y moral que caracteriza á los pueblos más antiguos tales como los conocemos por la historia.

«Más de cien mil años, y aun tal vez centenares de miles de años, han transcurrido desde el origen del hombre», dice el profesor de Jena ². M. de Mortillet, se expresa en términos más concretos: «El hombre, dice, que ha aparecido en los comienzos de los tiempos cuaternarios, tiene ciento ochenta y dos mil años de existencia, más los seis mil años históricos á que nos hacen relación los monumentos egipcios, y una decena de miles de años que transcurrieron probablemente entre los tiempos geológicos y los que conocemos de la civilización egipcia. Forma, pues, en todo, un total de doscientos treinta mil, á doscientos cuarenta mil años de antigüedad para la existencia del hombre ³.»

Hay algunos naturalistas que, á pesar de no figurar entre los incrédulos, se expresan de una manera análoga. Así es que M. de Saporta hace remontar á unos doscientos mil años al menos la época de la aparición del hombre sobre la tierra ⁴.

¿Pero es posible conciliar semejantes evaluaciones con los datos del Génesis? Para responder á esta cuestión es preciso investigar detenidamente lo que enseña la Escritura acerca de la antigüedad de la especie humana. Debemos fijarnos bien en este punto antes de discutir las aseveraciones de los naturalistas.

La primera observación que hay que hacer con relación al origen del hombre, es que el texto sagrado no la determina cronológicamente de una manera formal y directa: en ninguna parte dice que el hombre haya sido creado en tal fecha. ¿Cómo se ha formado, por tanto, lo que se llama la cronología bíblica? De la manera siguiente.

Aunque el texto sagrado no dé á conocer expresamente el año en que el hombre salió de las manos de Dios, nos da, sin embargo, algunas indicaciones acerca de la duración de la vida de los primeros hombres, y con ayuda de estas indicaciones es como los historiadores constituyen artificialmente sus sistemas cronológicos. Resulta de ello que no existe, en el verdadero sentido, una cronología sagrada, es decir, contenida por completo en los Libros Sagrados, sino solamente una cronología á la que se da el nombre de bíblica ó sagrada; porque deduce de la Escritura los elementos de que se sirve. Siendo tal su origen, ¿cuál es su valor?, ¿cuál es su autoridad? Esto es lo que nos importa averiguar en primer término, y esto es lo que vamos á hacer.

Si el uso que se hace de los datos tomados de la Biblia no diese lugar á ninguna duda y estuviese al abrigo de toda sospecha de error, importaría poco evidentemente que el cálculo hecho por los cronologistas no estuviera hecho por el autor inspirado: este cálculo se impondría entonces con una autoridad irrecusable. Pero si, por el contrario, la manera con que los comentaristas y los historiadores usan de los datos de la Escritura está sujeta á discusión, si la interpretación que les dan es incierta, si las

¹ *L'ancienneté de l'homme prouvée par la géologie*, trad. Chaper, pág. 320.

² Hæckel, *Histoire de la création*, trad. Letourneau, pág. 509.—Cf. J. Lubbock, *L'homme préhistorique*, traducción Barbier, pág. 379.

³ G. de Mortillet, *Le préhistorique, antiquité de l'homme*, pág. 627.—Cf. pág. 628.—M. de Mortillet no comprende en este cálculo los siglos que atribuye al *antropopiteco*, antecesor inmediato del hombre.

⁴ *Un essai de synthèse paléontologique*, en la *Revue des deux mondes*, 1.º de Mayo 1883, pág. 85.

conclusiones que deducen son resultado de combinaciones dudosas, no estamos de ningún modo obligados á aceptar sus afirmaciones como palabras de la Escritura; nos encontramos que tenemos ante nosotros, no la verdad revelada, sino una opinión humana, y, por consecuencia, falible, que todos tenemos derecho de examinar y de aceptar ó rechazar, según que esta opinión nos parezca más ó menos acertada, más ó menos fundada, más ó menos verosímil.

Ahora bien: en la cuestión de la cronología bíblica, no nos encontramos, en lugar de cálculos ciertos, sino sistemas apoyados en hipótesis diversas, que difieren notablemente unos de otros, pero que todos son discutibles. «Se creerá tal vez que en esto hay exageración, dice Alfonso des Vignoles en el prefacio de su *Chronologie de l'Histoire sainte*¹; pero he recogido yo mismo más de doscientos cálculos diferentes, el más corto de los cuales no cuenta (*sic*) más que tres mil cuatrocientos ochenta y tres años desde la creación del mundo hasta Jesucristo, y el más largo cuenta seis mil novecientos ochenta y cuatro. Es una diferencia de treinta y cinco siglos.» Des Vignoles no enumera estos sistemas; pero Riccioli y el P. Tourne mine, entre otros, lo han hecho: el primero ha formado, en su *Chronologia reformat*², un cuadro que contiene setenta y dos; el segundo, en sus *Disertaciones chronologicae*³, ha elegido «los más célebres», y da un cuadro de noventa y dos. *El arte de verificar las fechas* enumera ciento ocho⁴. Los judíos modernos colocan la creación en el año 3761 antes de nuestra era; Scalígero, en el 3950; el P. Petavio, en el 3983; Ushero (Usseus), en el 4004; Clinton, en el 4138; la nueva edición del *Arte de verificar las fechas* (1820), en el 4963; Halés, en el 5411; Jackson, en el 5426; la Iglesia de Alejandría, en el 5504; la Iglesia de Constantinopla, en el 5510; Vossius, en el 6004; Panvinio, en el 6311; las Tablas Alfonsinas, en el 6984, etc.

Por estas cifras tan poco conformes puede formarse una idea de la poca certidumbre de la cronología bíblica. ¿No será posible que la crí-

tica pueda hacer la luz en medio de tanta confusión, eliminando los cálculos falsos y desembrollando la verdad? Hasta ahora no ha podido hacerlo, y todo conspira para hacernos creer que nunca le será posible llevarlo á cabo.

Para darse cuenta de su impotencia en esta materia, basta examinar qué medios son los que han empleado los cronologistas para calcular los años que han pasado desde Adán hasta el diluvio y desde el diluvio á la vocación de Abraham. Por lo general, se está de acuerdo en reconocer que desde Abraham hasta Nuestro Señor Jesucristo transcurrió un intervalo de cerca de dos mil años; las divergencias se encuentran exclusivamente en lo que hace referencia al período anterior, y he aquí la causa.

Todos los sabios que se han ocupado de la cronología de los tiempos primitivos han tomado por base de sus investigaciones las dos listas genealógicas de los patriarcas antediluvianos y postdiluvianos contenidas en el *Génesis*, y que comprenden la una desde Adán hasta Noé, y la otra de Noé á Abraham¹. Estos son los únicos documentos en que es posible fundar un cálculo, porque son los únicos que se conservan.

Estas listas nos dan á conocer, además de la descendencia de los patriarcas, cuál era la edad del ascendiente en la época del nacimiento del que le sucede en la serie. Así es que vemos que Adán engendró á Seth á los 130 años; que Seth engendró á Enos á los 105, etc. De la creación de Adán al nacimiento de Seth transcurrieron 130 años; desde esta época al nacimiento de Enos, 105: 130 más 105, hacen 235, etc. Sumando de esta manera todas las cifras análogas que nos da el *Génesis*, es fácil calcular el tiempo que separa el primer hombre de la época de Abraham.

He aquí, reducido á sus elementos más sencillos el cálculo que han hecho los cronologistas. Pero ¿en qué consiste que partiendo todos de los mismos datos y empleando el mismo método, han llegado á resultados tan diferentes? Su desacuerdo procede de que las cifras en que se han fundado sus cálculos no son las mismas en el texto original que ha llegado á nosotros por una parte por los judíos y por otra por los samaritanos, y en la versión más antigua del *Génesis*, en la de los Setenta. Existe una diferencia total de cerca de mil quinientos años entre las lecciones suministradas por las versio-

¹ Berlín, 1738.— Véase también el tomo I, páginas 2 y 64.

² Bologne, 1669, tomo I, l. VII, c. 1, pág. 292.

³ *Tabulae chronologicae sacrae*, hacia el fin de la edición de Menochius, *Comm. totius Scripturae*, edit. de Avignon. tomo IV, páginas 120-121.

⁴ *Art. de vérifier les dates des faits historiques avant l'ère Chrétienne*, París, 1820; páginas VII-X.

¹ Gén., v y XI.

nes judías, las samaritanas y las griegas. Véase el cuadro.

NOMBRES DE LOS PATRIARCAS.	EDAD AL NACIMIENTO DEL HIJO MAYOR.		
	Hebreo y Vulgata.	Griego.	Samaritano.
1. Adán.....	130	230	130
2. Seth.....	105	205	105
3. Enos.....	90	190	90
4. Cainan.....	70	170	70
5. Malaleel.....	65	165	65
6. Sared.....	162	162	62
7. Enoch.....	65	165	65
8. Matusalem.....	187	167	67
9. Lamech.....	182	188	53
10. Noé.....	500	500	500
— De Noé al diluvio.	100	100	100
<i>Total.....</i>	1656	2242	1307 ¹
1. Sem, dos años después del diluvio, engendró.....	2	2	2
2. Arphaxad.....	35	135	135
3. Cainan.....	—	130 ²	—
4. Salé.....	30	130	130
5. Heber.....	34	134	134
6. Phaleg.....	30	130	130
7. Reu.....	32	132	132
8. Sarug.....	30	130	130
9. Nachor.....	29	79	79
10. Tharé.....	70	70	70
— Abraham (vocalización de).....	75	75	75
Del diluvio á la vocación de Abraham...	367	1147	1017 ³
De la creación de Adán á la vocación de Abraham.....	2023	3389	2329

Continuaremos estudiando esta materia importante.

F. VIGOUROUX.

¹ Cf. J. Raska, *Die Chronologie der Bibel*, pág. 3.—Damos las cifras ordinarias, pero en cuanto á los Setenta existen numerosas variantes. La suma verificada por Julio Africano es 2262; por Clemente Alejandrino, 2148; por Josepho, 2156. El siríaco Salomón Halatenus lee para Enos 290.—Se ve también que el hebreo está de acuerdo con los Setenta en lo referente á Sared. Para Matusalen tiene el hebreo veinte años más, y para Lamech las cifras de los tres textos son diferentes.

² Cainán, á quien no se menciona ni en el hebreo ni en el samaritano, ha sido intercalado por San Lucas (III, 36) en la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo.

³ Las variantes griegas en la segunda lista no son menos numerosas que en la primera. Eusebio asigna desde el diluvio hasta Tharé 945 años; Teófilo de Antioquia, 936; el Syncello, 1070; Julio Africano, 940; Josepho, 993; Clemente de Alejandría, hasta la vocación de Abraham, 1250, etc.

LA UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO

VII.

Razas antediluvianas.

EN cuanto á los sodomitas, M. Motais, hace los esfuerzos posibles para probar que están excluidos por el mismo Moisés del territorio *cananeo*, y es probable que tenga razón en este punto (por más que su traducción tenga mucho de discutible), puesto que el nombre de Canaam no se aplicaba por lo general más que á la parte occidental de la Palestina, y sobre todo á la región baja que confinaba con el Mediterráneo; y deduce después que no son *chamitas*, en el hecho de que Moisés no los nombra en la tabla etnográfica del capítulo x. Esta razón carece en absoluto de valor, puesto que los sodomitas no existían siete ú ocho siglos antes de que se formara dicha tabla. En fin, M. Motais cree que «ningún exegeta se atreverá á recoger estos hombres del fango moral... para hacerlos entrar en la posteridad de Japhet ó de Sem ²». Estas consideraciones y otras del mismo género que emplea, nos parece que no encuadran muy bien en los dominios de la exegesis positiva. Nos contentaremos con recordar que los cananeos, hijos auténticos de Cham y de Noé, no valían, bajo el punto de vista de la moral, mucho más que los sodomitas.

Nos faltan aún los antiguos habitantes, *gigantes*, de la Palestina. No se puede afirmar nada con respecto á esta raza, de la que Moisés mismo (como reconoce M. Motais) declara que no se sabe otra cosa que lo que dicen las «leyendas que corren entre sus vencedores ³». Pero nosotros creemos que nuestros lectores no se imaginarán que vamos á discutir todas las conjeturas por medio de las cuales el sabio profesor, inspirándose en las ideas emitidas por M. François Lenormant, trata de suplir los documentos y hechos positivos de que se carece. Debemos limitarnos á rectificar algunas aserciones que nos parece que exceden demasiado el límite permitido ó las más aventuradas hipótesis.

Pasaremos por el retrato que nos hace de los gigantes de Canaam, sobre todo, con arreglo á los relatos de los famosos espías, cuya exageración se halla condenada en la Escritura ⁴. M. Motais insiste en la antigüedad de esos pueblos *extraños*. «Siglos y siglos, dice, han pasado

¹ Véase la pág. 86.

² Pág. 327.

³ Pág. 321.

⁴ *Del bibl.*, páginas 321-322.—Compárese con *Numer.* XIII, 33.

por esta raza.... es un mundo antiguo que desaparece», etc. ¹. Por más que busquemos, no podemos encontrar la prueba de estas afirmaciones: M. Lenormant, que las había formulado con anterioridad, y M. Jean d'Estienne, que las ha repetido después, no se han tomado tampoco el trabajo de demostrarlas.

Lo que Moisés nos conserva de la historia de esta raza no se remonta más que si acaso á la época de Abraham; y todo lo que nos dice es que los *Enim*, los *Zomzommim*, los *Awim*, los *Horim*, habitaban los países ocupados más tarde por los descendientes de Lot y de Isaac (moabitas, amonitas y edomitas), que los desalojaron, exterminándolos. En cuanto á los *Enacim* (*Anagim*), que se citan siempre como el tipo más notable de aquellas razas de gigantes, se hallan sencillamente designados con el nombre de *cananeos* en el libro de los Jueces ², donde se refiere que Caleb, el compañero de Josué, exterminó las *tres* familias que habían quedado en Hebrón.

Por otra parte, en el mismo libro y en el de Josué ³, se nos dice que el nombre antiguo de Hebrón era el de *Qiriat-Arbé*, que quiere decir «ciudad de Arbé», indudablemente porque *Arbé*, á quien Josué llama el *padre de Anaq* ó de los *Anaím*, había sido su fundador. Ahora bien: la fecha de esta fundación se encuentra en un pasaje muy curioso del libro de los *Números* ⁴, donde se lee que «Hebrón fué construido siete años antes que Tsoan (*Tanis*) de Egipto».

M. Motais observa, á propósito de esto, que «Hebrón, cuyo nombre antiguo y primitivo es desconocido, fué fundada antes que la dinastía XII de Egipto hiciese construir á Tanis, y Josefo refiere que precedió á Menfis, empezada á levantar cerca de dos mil cuatrocientos años antes de nuestra era ⁵». Es, pues, muy verosímil que Moisés quisiera hablar, no de la primera fundación de Tanis, sino de su engrandecimiento y de su elevación al rango de capital del imperio egipcio, bajo la dominación de los *Pastores* (hacia los dos mil años antes de Jesucristo), acontecimiento del que pudo muy bien ser testigo la familia de Abraham por la época en que se realizó.

Dejaremos estas discusiones de pequeñeces, para llegar á un argumento más general, y en el cual insisten con repetición M. Motais y M. Jean d'Estienne. Se trata de la deducción sacada del capítulo x del *Génesis*. Los dos sa-

bios escritores creen indudable que Moisés quiso dar en este capítulo un cuadro completo de la descendencia de Noé, ó al menos de los pueblos de él conocidos y que á ella pertenecían.

Ahora bien: en dicho cuadro no cita para nada las razas amarillas ó rojas del Asia oriental y de la América, que «no estaba obligado á conocer»; pero se calla también absolutamente acerca de los negros, que no podía menos de haber encontrado en Egipto; acerca de los antiguos pueblos *turanios* de Caldea y del país situado al Este del Tigris, que no podían ser desconocidos á la familia de Abraham; y, por fin, calla también acerca de naciones que en tan alto grado interesaban á los hebreos, tales como las que habitaban en la península arábiga ó Palestina, con las que iban á tener que combatir, etc. «¿Y por qué, pregunta M. Jean d'Estienne, este silencio, evidentemente sistemático é intencionado, acerca de cosas tan interesantes, aun bajo el punto de vista que se proponía el autor inspirado? Es imposible encontrar una respuesta satisfactoria á esta cuestión, y el motivo de una abstención tan extraordinaria constituye un enigma insoluble» ¹, á menos que se admita que Moisés omitió todas estas naciones porque no eran descendientes de Noé.

Con una sola palabra puede disiparse esta grave dificultad, diciendo que el autor del *Génesis* dejó todos estos pueblos fuera de su cuadro, simplemente porque no sabía á cuál de los hijos de Noé referir su origen. Esta respuesta, que no figura en el largo catálogo de las soluciones que M. Motais se ha tomado el trabajo de refutar, es la única que no puede encontrar una objeción seria. En efecto: ¿por qué razón se ha de querer que Moisés estuviese al corriente de la genealogía de todos los pueblos que pudo conocer ó encontrar al menos? No puede en manera alguna sostenerse que el Espíritu Santo debió suplir la carencia de luces acerca de este punto, por medio de revelaciones directas, porque ésta no era materia esencial de la enseñanza que Dios quería transmitir por su ministerio.

Peró supongamos que el escritor sagrado haya tenido acerca de las naciones post-diluvianas los conocimientos más completos; ¿qué es lo que, aun dado esto por supuesto, le podía obligar á dárnoslas á conocer de un modo más completo? Seguramente no sería el plan de su obra, porque no se propuso nunca darnos á conocer la historia de la humanidad propiamente dicha, y las informaciones etnográficas no pueden ser más que una parte accesoria de la historia religiosa, que fué en lo que quiso instruirnos.

¹ Pág. 323.

² Capítulo i, 10, 20.

³ *Judic.*, i, 10; *Jos.*, xv, 13, 14; *xxi*, 11.

⁴ Capítulo xiii, 32.

⁵ Pág. 323.

¹ *Rev. des quest. scient.*, xviii, pág. 520.

Se dice que Moisés demuestra claramente su intención de poner de manifiesto toda la descendencia de Noé cuando escribe al principio del capítulo x: «He aquí las generaciones de los hijos de Noé, Sem, Cham y Jafet», y concluye su lista con las palabras: «Estas son las familias de los hijos de Noé, según sus genealogías, con arreglo á sus naciones, y de ellos las naciones se han repartido por la tierra después del diluvio». Es singular ver que los partidarios de la *no-universalidad* del diluvio, que en todas partes se avienen también con las «expresiones generales», restrinjan tanto las fórmulas poco precisas que aquí se leen. Sin embargo, no es posible que queramos hallar el libro sagrado más completo en estas genealogías de los pueblos que en las genealogías de los patriarcas, en las que de la mayor parte de su descendencia no se hace más que la mención en conjunto, diciendo: *et genuit filios et filias*.

Por lo demás, sería fácil demostrar que, después de todo, Moisés, suprimió en su cuadro más de un pueblo procedente indudablemente de Noé, y del cual no podía ignorar la existencia. Solamente citaremos los *indo-iranios*, antecesores de los indios, de los persas y de una gran parte de las poblaciones del Asia Central. Es muy cierto que existe allí uno y tal vez dos grupos, constituidos mucho tiempo antes de la época de Moisés, bien caracterizados, muy numerosos y civilizados, y en relaciones inmemoriales con los caldeos y los fenicios, principales informantes del redactor de la tabla etnográfica. ¿Pero á qué nos hemos de entretener en multiplicar estos ejemplos? Por muchos vacíos que se puedan encontrar en el cuadro del *Génesis*, nunca podrán parecer *extraordinarias*, si se reflexiona en el objeto del autor, y si se sabe cuán poco se preocupaba en satisfacer la curiosidad de los arqueólogos futuros.

Después de lo que decíamos en nuestro anterior artículo, es inútil buscar los *motivos* de las omisiones de Moisés. Si hay en ellos algunos *enigmas insolubles* para nosotros, no son los únicos ni los más graves de los que el texto inspiradonos ofrece en cada página de sus narraciones históricas. Sin embargo, no es imposible adivinar la razón de las omisiones objetadas por M. Motais y M. Jean d'Estienne, siguiendo á M. Lenormant. Por ejemplo, en lo que concierne á los antiguos habitantes no cananeos de la Palestina, basta recordar que en tiempos de Moisés, según la frase de M. Motais, habían ya «vivido poco más ó menos», diremos que habían sido exterminados hacía mucho tiempo, ya por los cananeos, ya por los descendientes de Lot y de Abraham, hasta el punto de que no quedaba más que el rey Og de toda la raza de

los *Repháim*, y que los *Anagim* se hallaban reducidos á tres personajes que nombra, ó, mejor dicho, á tres familias ¹.

Ahora bien: ¿por qué razón Moisés no incluyó en su cuadro, no solamente los pueblos de su época, sino también los que habían existido después del diluvio, y los que ya habían desaparecido? Nadie podrá decirlo, porque, sin hablar de la ciencia más que extraordinaria de que tenía necesidad para llevar tal empresa á cabo, hubiera ocupado un volumen entero. Hay una respuesta análoga que dar con respecto á Amaleq, á los quenitas y á otras tribus de los desiertos de Arabia y de Siria: todas estas poblaciones carecían de importancia, y además estaban destinadas á desaparecer muy pronto casi por entero.

En cuanto á los pueblos llamados *turanios* no se ha demostrado aún que procedan de los troncos indicados, sea de la descendencia de Cham, sea de la de Japhet, y aun tal vez de la del mismo Sem. En efecto: falta todavía mucho para que se haya logrado establecer hasta el día una concordancia exacta y cierta entre todos los nombres del cuadro de Moisés y los de los pueblos ó de los países conocidos. Añadiremos también que, aunque Moisés hubiese sido un etnógrafo perfecto, se habría visto muy embarazado para clasificar un gran número de aquellos pueblos que eran de *sangre mezclada*, que pertenecían á dos líneas, ninguna de las cuales los hubiera querido reconocer como suyos, cual sucede frecuentemente hoy en día con los *mestizos* de las colonias europeas.

Asimismo, en lo que se refiere á los *negros*, los *amarillos* y los *rojos*, responderemos también que no se ha demostrado de ninguna manera aún que estén omitidos por completo en el cuadro del *Génesis*. ¿Qué razón habría, por ejemplo, para asegurar que los *negros* no forman parte de esa numerosa división de los Kusch ², los nombres de los cuales la mayor parte son desconocidos, pero que indudablemente fueron poblando el África con preferencia al Asia? ¿Puede creerse que sea una hipótesis aventurada el decir que constituyen la descendencia sin nombre de *Phut* (en hebreo *Put*) otro de los hijos de Cham? Se ha llegado á identificar este nombre de *Put* con el *Pun* ó *Punt* de los jeroglíficos, es decir, con una región situada al Sur de Egipto y de Etiopía, pero que todavía no se ha conseguido determinar con exactitud absoluta. Para la mayor parte de los egiptólogos, *Punt* es la costa de los Somalís: tal vez tuviera una significación más extensa

¹ *Deut.*, III, 11; *Jos.*, xv, 14; *Indic.*, I, 10-20.

² *Gén.*, x, 7.

entre los antiguos egipcios; en todo caso, no parece imposible que Moisés quisiera indicar la patria de los negros bajo ese nombre, que marcaba el extremo límite de los conocimientos geográficos de los egipcios hacia el Sur.

Las razas *amarillas* ó *mongólicas* han podido ser indicadas lo mismo, ó tal vez de un modo menos vago, bajo el nombre de *Magog*, que el profeta Ezequiel aplicara más tarde á los *scitas*, y para el que los orientistas no han encontrado aún una identificación plausible.

Si no se admiten estas conjeturas, que no hacemos más que presentar, sin darles más valor del que tienen, queda, por lo menos, establecido que Moisés pudo pasar en silencio las razas *negras*, *amarillas* y *rojas*, ya porque le eran completamente desconocidas, ya porque no tenía de ellas noticias ciertas y seguras acerca de su filiación, ya, en fin, porque como estaban tan alejadas y aisladas del resto de la humanidad, se hallaban casi eliminadas del mundo de su tiempo, y debió parecerle que podía muy bien no citarlas, y, por consecuencia, de su silencio no pueden deducirse argumentos contra su origen *noáquico*.

Quédanos por examinar el argumento fundado en los descubrimientos arqueológicos y prehistóricos. M. Jean d'Estienne le presenta en estos términos:

«La grande objeción, la objeción insoluble que la ciencia puede oponer á nuestros libros sagrados en lo que concierne al diluvio, si se le supone universal en cuanto á la humanidad, es que por todas partes adonde se dirigieron los hijos y descendientes de Noé después de su salida del arca, encontraron poblaciones que ocupaban el país por que se difundían ¹.» Y poco antes había dicho: «Sea la que quiera la época en que efectuaron sus emigraciones los descendientes de Noé, nunca fueron los primeros: otros pueblos los habían precedido, que fueron más adelante dominados ó anonadados por ellos.»

Efectivamente: esta objeción sería grande é insoluble en nuestra tesis si el hecho que supone estuviese verdaderamente probado y seriamente establecido. El sabio escritor reconoce que es indudable que esto no se puede demostrar con certeza absoluta, ni merece más confianza que la que debe tenerse en los descubrimientos de los sabios orientistas en que se fundan estos resultados. Pero nos advierte que es preciso tener cuidado, pues no sería equitativo ni lógico rechazar las consecuencias de los trabajos de estos sabios en una cuestión como la de que se trata, cuando se acogen con tanta alegría las confirmaciones que los trabajos de estos mismos sabios nos han

dado y nos dan todos los días á los hechos consignados en los libros sagrados.

Aunque la cuestión no es de las en que los sabios deben tener un voto preponderante, nos causaría, á no dudarlo, gran sentimiento el tenerlos en contra nuestra. Felizmente, los sabios que nos oponen los defensores de la *no-universalidad* del diluvio se reducen en resumidas cuentas á M. F. Lenormant. Hay más: los «resultados de los descubrimientos», las «consecuencias de los trabajos de estos sabios», que son la base de la objeción, no son *hechos* directamente demostrados, no son más que *deducciones*. Nosotros vacilaremos siempre en poner en duda los *hechos* que un verdadero sabio (y tal lo era indudablemente M. Lenormant) afirme haber demostrado. En cuanto á las *deducciones* sacadas de esos hechos, es otra cosa, y consideramos, no sólo como un derecho, sino como un deber del apologista y del exegeta, no aceptarlas hasta después de haberlas sometido á un examen suficientemente riguroso.

Esta línea prudente de conducta está mandada muy particularmente respecto de los sabios en quienes una decidida inclinación á las hipótesis y á las conjeturas no se halla suficientemente moderada por la reserva y la mesura en el fondo y en la forma de sus afirmaciones. Y nos vemos en la precisión de confesar que algunas veces M. F. Lenormant podía muy bien figurar entre estos sabios. Esta era la opinión de muchos de sus compañeros en la ciencia, que, por lo demás, apreciaban en alto grado su mérito eminente; y cualquiera que haya leído asiduamente sus obras debe participar de esta misma opinión, viéndole en muchas de ellas expresar sucesivamente opiniones en un todo opuestas, y siempre en términos que indicaban una completa certeza.

Pero ciñéndonos á la gran objeción de M. Jean d'Estienne, esperamos poder demostrar en pocas palabras que no es la expresión de un *hecho* perfectamente demostrado, sino una conclusión que excede con mucho á las premisas de donde se ha *deducido*.

Ni la historia ni la arqueología poseen ningún dato positivo acerca de las primeras emigraciones que han poblado el globo. En los países en que muchas corrientes de inmigración vinieron sucesivamente á superponerse ó yuxtaponerse, como ha acontecido en Europa, la ciencia no posee informes algo exactos más que de las invasiones muy recientes. Decir que la ciencia sabe cuál fuese la fecha en que los descendientes de Noé comenzaron á dispersarse y que tiene medios de demostrar que las poblaciones anteriores á los grandes pueblos históricos no procedían de Noé, es una afirmación

¹ *Revue*, xviii, pág. 521.

enteramente gratuita. Pero entremos un poco más adentro en estos detalles.

Los monumentos más antiguos de la *historia* que hasta ahora se han encontrado están en Egipto, y estos monumentos, todos muy posteriores á la fundación del antiguo imperio de los faraones, no contienen detalle alguno acerca del establecimiento de los descendientes de Misraím en las orillas del Nilo.

Sin embargo, se nos dice que encontró en el territorio pueblos melanos ó negros en plena posesión de las costas orientales del África, que los dominó sin poderlos exterminar nunca por completo, y que mezcló su sangre con la de los vencidos¹. M. J. d'Estienne no era tan afirmativo en su primer artículo cuando hacía observar que el mismo M. Lenormant «no daba como cosa cierta, sino solamente como probable, que la ocupación melaniana hubiera precedido á la ocupación chamítica», añadiendo que «de hecho es muy fácil que hubieran sido simultáneas, procediendo la una del Sur, mientras que la otra avanzaba por el Nordeste²». Esta reserva la encontramos mucho más en armonía con el estado en que hoy se halla la cuestión.

La verdad es que la prioridad de la ocupación *melaniana* sobre la *chamítica* en Egipto no es más que una hipótesis sin fundamento alguno en los monumentos, y propuesta solamente para explicar el origen de las herramientas de piedra encontradas en el país. Ahora bien: nada prueba que estos instrumentos no procedan de los antiguos egipcios *chamitas*, cuyos descendientes han continuado usando el sílex, al menos para ciertas operaciones, hasta en los períodos más brillantes de su civilización³. Á esto podríamos añadir la opinión de Mr. R. Owen, notable antropólogo inglés, y muy conocido en el mundo científico, quien dice que el tipo egipcio antiguo es el más parecido al tipo europeo, lo cual no podría suceder si contuviese alguna mezcla de sangre negra.

Pero aun cuando fuese verdad que los negros hayan precedido realmente á los misraimitas en las orillas del Nilo, faltaría aún que demostrar que los primeros no pueden proceder de Noé. Hemos dado ya una respuesta parecida con ocasión de las tribus que estaban en posesión del suelo de Palestina con anterioridad á la primera conquista verificada por los descendientes de Cham, y no tenemos otra cosa que

hacer que repetirla en lo que concierne á las poblaciones dominadas por los jafeítas en la India y en la Media y por los semitas en la Suseriana (Elam), etc., y, en fin, en lo concerniente á los hombres *prehistóricos*.

Del origen *antediluviano* de todas esas razas antiguas no nos dan los sabios cuyas teorías examinamos otras pruebas que las diferencias que las separan de los descendientes indudables de Noé en el tipo antropológico, en el lenguaje y en la civilización; y creemos haber demostrado ya cuán poco decisivos son los argumentos de este género. Solamente hay dos puntos que nos parece requieren algunas explicaciones.

Concluiremos en otro número.

J. BRUCKER, S. J.

MOVIMIENTO CIENTÍFICO

Nuevo método de M. Lœvey para determinar la constante de aberración de las estrellas.—Una nueva máquina neumática.

SIN duda alguna, el determinar el valor de la constante de aberración de las estrellas es uno de los problemas principales de la geografía astronómica, porque sirve para fijar exactamente la verdadera posición de un astro en el firmamento y la paralaje del sol, cuya paralaje, combinada con la velocidad de la luz, sirve á su vez para hallar la relación entre el radio ecuatorial de la tierra y el eje mayor de la órbita que describe alrededor del sol en su movimiento de traslación.

¿Y en qué consiste la aberración constante de las estrellas? En las variaciones que se observan en la distancia zenital cuando se trata de determinar la paralaje de una estrella, cuyo fenómeno, observado ya en 1725 por Mr. Bradley, tiene su causa en el cambio de lugar del observatorio, transportado incesantemente por el espacio en virtud del movimiento de traslación de nuestro planeta. Porque de esto resulta una desviación del haz luminoso emanado de la estrella, que impide al observador distinguir el astro en el punto del espacio donde realmente se encuentra, pues aparece ligeramente desviado de aquél en el mismo sentido del movimiento de traslación de la tierra.

Para resolver el problema de las aberraciones deben tenerse en cuenta las paralajes y los movimientos propios de las estrellas; pero estos principales factores son desconocidos muchas veces, y, además, difíciles de obtener, por lo cual se desprecia con frecuencia el cálculo de dichos elementos.

Por fortuna, todos estos inconvenientes se salvan con el método de M. Lœvey, pues hace desaparecer los errores accidentales que produce la falta de precisión del instrumento empleado; neutraliza el efecto de la mutación y el de la precesión, ajustándose exactamente á los movimientos propios de las estrellas, y hace que pueda prescindirse de las observaciones diurnas

¹ *Revue*, pág. 513.

² *Id.*, xii, pág. 433, nota.

³ M. Hamard, *La civilisation préhistorique, L'âge de pierre en Orient*, viii M. Jean d'Estienne, *Revue*, xi, páginas 399-400.

de los astros, difíciles de precisar. Dicho método, presentado al examen de la Academia de Ciencias de París en Enero último, lejos de fundarse en la comparación de las posiciones absolutas de las estrellas, se apoya en las medidas diferenciales, únicas susceptibles de entera precisión. Primero se mide la distancia de dos astros, valiéndose de un espejo doble tallado en un mismo trozo de cristal, y colocado convenientemente delante del objetivo del anteojo con que se observa, para que las imágenes de ambos astros aparezcan una al lado de otra en el campo de observación del anteojo; mídese después la distancia angular del uno al otro astro en una dirección conocida, cuya medida es independiente de las pequeñas desviaciones del doble espejo, así como de los errores instrumentales que puedan cometerse en la desviación; y, últimamente, se comparan las dos medidas citadas, con lo cual se obtiene la aberración. Para que el resultado sea más satisfactorio, deben hacerse las observaciones de las dos estrellas en épocas distintas, ó, mejor dicho, correspondientes: la primera en el momento en que los dos astros tengan una altura igual sobre el horizonte, 45 grados por ejemplo y la segunda ulteriormente; en las mismas condiciones. La diferencia entre una y otra medida dará á conocer un valor múltiple de la aberración, siendo evidente que ni la mutación ni la precesión tendrán influencia en las observaciones de esta manera ejecutadas, ni en la medida del arco que une entre sí á los dos astros.

Empleando un doble espejo cuyas caras formen ángulos de 45 grados, y practicando durante tres meses las observaciones de dos estrellas zodiacales, se obtendrá una variación en la distancia igual á dos veces el valor de la constante de aberración, y á los seis meses tres veces ese mismo valor. Si las caras del espejo prismático que se emplee formasen entre sí un ángulo más grande que el de 45 grados, llegarían á obtenerse variaciones mucho más considerables en la referida distancia.

Para que el método resulte rigurosamente exacto, es preciso considerar al espejo como un compás constante é independiente de la temperatura. M. Loevey ha encontrado un procedimiento suficientemente preciso para medir el cambio imperceptible que puedan sufrir las caras del espejo por efecto del calor.

Existen en el firmamento estrellas cuya distancia entre sí no sufre absolutamente alteración alguna durante todo el año: esto sucede cuando los dos astros que se elijan se hallen situados en el mismo paralelo de latitud y en dos máximos opuestos de longitud. Ahora bien: si las observaciones practicadas con el instrumento de que se trata durante un intervalo de algunos meses no difieren entre sí, esto probará que las caras del espejo prismático no han sufrido alteración alguna; pero si, por el contrario, las distancias medidas no concordan exactamente, esta discrepancia indicaría una alteración en las caras del espejo, y la diferencia entre dichas medidas representaría exactamente el valor de la alteración del ángulo del espejo.

El método propuesto por M. Loevey para descartar toda posibilidad de error en las observaciones por defectos de los instrumentos que se usen, es el siguiente:

Determinese primeramente la hora de tiempo sidéreo en que la tierra en su movimiento de traslación se halle en los dos puntos de la órbita comprendidos en el plano del horizonte. Tomando por punto de partida la longitud correspondiente á dichos puntos, se puede determinar dos á dos las coordenadas de cuatro estrellas, consiguiéndose que todas cuatro se hallen diariamente y en el mismo instante de tiempo sidéreo á igual distancia zenital, es decir, á la misma altura sobre el horizonte, y además que el efecto de la aberración sea perceptible en las dos distancias observadas y de signo contrario. Luego se comparan en el mismo instante físico los dos arcos de círculo comprendidos entre los dos pares de estrellas.

Operando así durante un intervalo de tres meses, se obtiene una serie de determinaciones de la constante de la aberración. El fenómeno de la aberración en sí mismo se evalúa directamente sin necesidad del empleo de ninguna constante física ni instrumental. No hay operación astronómica que pueda dar mayor precisión que la que proporciona la comparación de dos grupos de estrellas próximas medidas en el campo de un anteojo ecuatorial.

* *

Mr. Hopkins describe en la revista *Scientific American* una bomba neumática que toda persona hábil puede construirse por sí misma con poco gasto, y cuyo aparato permite ejecutar la mayor parte de las experiencias en el vacío ó en el aire comprimido, sin el auxilio de las máquinas neumáticas de los gabinetes de física, instrumentos excelentes, pero que, por lo caros, no pueden proporcionarse los particulares.

El funcionamiento del nuevo aparato está basado en la elasticidad de un fuerte tubo de cautchouc, que se comprime repetidamente y que cada vez recobra su forma primitiva.

La pieza principal del aparato, su cuerpo de bomba, es un simple tubo de cautchouc, de cerca de 25 centímetros de longitud y de 25 milímetros de diámetro interior, con paredes de cuatro milímetros y medio de espesor. Dos clavijas de madera, perforadas en la dirección de su eje, llevan las válvulas, estando recubiertas de un extremo de tubo de cautchouc. El conjunto del sistema debe tener un diámetro de 25 milímetros para ligarse por frotamiento en las extremidades del tubo principal. Los extremos exteriores de las clavijas están hechos de manera que reciban un tubo destinado á poner el aparato en relación con el recipiente sobre que se opera, y las válvulas están dispuestas para la circulación del aire en un sentido determinado, debiendo advertirse que aquel tubo está puesto á una ú otra extremidad, según qué se trate de obtener el vacío ó la compresión.

La confección de las piezas que llevan las válvulas reclama algún cuidado. Se elige un pedazo de madera bien sana, y después de haberle dado en el torno la forma conveniente, se hace en la dirección de su eje un agujero de un milímetro de diámetro. Luego se talla en bisel la extremidad que ha de penetrar en el cuerpo de bomba, y á una pequeña distancia se abre un muesca cuadrada, cuyas paredes estén bien limadas.

La madera, así preparada, se sumerge en un

baño de parafina derretida, para que obstruya sus poros, y cuando aquella está bien embebida, se deja enfriar, asegurándose de que el orificio central está bien descubierto.

Una de las caras de la muesca sirve de asiento á la válvula, compuesta de una lengüeta de tafetan barnizado. Esta se halla fija por una ligadura hecha en su extremidad, allanada sobre la pared exterior del cilindro, y para impedir que se adhiera á la madera, conviene frotar las superficies con un poco de plomagina. El sistema se recubre del tubo de cautchouc que le sirve de primera envoltura, y la válvula se coloca en una cámara completamente cerrada. Las dos añadiduras terminadas, con sus válvulas convenientemente dispuestas, se introducen en el tubo principal, de modo que los biseles estén vueltos del mismo lado, y ya la bomba se encuentra en disposición de funcionar. Colocada en el suelo, se obra sobre el tubo por un movimiento alternativo del pie. Los biseles de las piezas extremas no tienen más objeto que facilitar el movimiento y hacer que sea todo lo completo posible. Cuando se comprime, el fluido gaseoso sale por la izquierda, cerrándose la válvula derecha; pero cuando el tubo de cautchouc recobra su forma, se cierra la válvula izquierda y la derecha deja llegar una nueva cantidad del fluido al cuerpo de bomba.

Claro es que el vacío no puede hacerse hasta los últimos límites con una máquina de este género, porque llega un momento en que la elasticidad del cautchouc no puede vencer la diferencia de presión entre el aire exterior y el interior, pero se obtiene, sin embargo, lo suficiente para hacer la mayor parte de las experiencias usuales.

La pequeñez de los orificios exige cierta fuerza en la maniobra del sistema; pero si esta máquina neumática no está destinada más que á comprimir el aire, se puede reducir la fuerza necesaria para su funcionamiento, haciendo más grandes los orificios: entonces la válvula puede ser una pequeña plancha de cautchouc fijada con un simple clavo, empleándose en este caso tubos de cautchouc más gruesos y de paredes menos espesas.

A. S. P.

SECCIÓN DE NOTICIAS

RELIGIOSAS.

España. Bajo el secreto de la confesión ha recibido un sacerdote de Sevilla, para devolverla á su legítimo dueño (un banquero de dicha capital) la suma de 2,500 pesetas, que le fueron sustraídas hace tiempo. Traslado á los racionalistas é impíos que se mofan del sacramento de la Penitencia.

— El Excmo. señor Nuncio de Su Santidad en estos reinos ha dirigido una atenta y expresiva carta al señor Obispo de Madrid-Alcalá, participándole que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares ha tenido á bien prorogar por otro *trienio*, empezado en 18 de Setiembre último, las facultades extraordinarias concedidas en la circular *Peculiaribus inspectis* de 10

de Diciembre de 1858 á los Prelados de España, sobre los religiosos exclaustrados de sus conventos y los monasterios de religiosas.

— Es costumbre inmemorial de los reyes de España ofrecer el día de la Epifanía, en el ofertorio de la Misa que se celebra en la capilla Real, tres cálices riquísimos antiguos, conteniendo oro, incienso y mirra, los cuales rescatan después, con nueve cálices de plata que en tregan al señor Patriarca de las Indias para que sean distribuidos en iglesias pobres. La Reina Regente, siguiendo esta piadosa costumbre, la ha cumplido también este año, y el eminentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo, Patriarca de las Indias, ha concedido estos días uno de los nueve cálices á la iglesia pobrísima de la aldea de la Poblachuela, en la provincia de Ciudad Real, quien lo había solicitado con el informe correspondiente de su Ordinario el Ilmo. señor Obispo-Prior.

— La Junta general suprema de las Conferencias de San Vicente de Paul ha publicado un estado de las cantidades invertidas en socorros en el año pasado, las cuales ascienden á la enorme suma de *treinta y seis millones de reales*. ¡Cuántas lágrimas habrá enjugado dicha suma y qué número tan grande de bienes habrá producido! Por lo demás, quisiéramos saber las limosnas que en el mismo año habrán dado todos esos filántropos libre-pensadores que, burlándose ¡insensatos! de la caridad cristiana, hablan siempre de la *fraternidad universal*.

— La Sagrada Congregación de Ritos, contestando á una petición del señor Obispo de Cuenca, ha resuelto que las imágenes de cartón-piedra pueden bendecirse y exponerse al culto público, pero no aplicárseles indulgencias.

— La Junta directiva nombrada en Barcelona para organizar las fiestas con que se han de celebrar las Bodas de Oro de Su Santidad, ha decidido regalarle un rico trono, cuya silla sea copia exacta de la que usó el Rey D. Martín, que se conserva en aquella ciudad y sirve en la solemne procesión del Corpus de asiento á la sagrada custodia.

— Una noticia que recomendamos al señor Alonso Martínez. Por un decreto del ministerio de Gracia y Justicia de Alemania, se ordena que en todas las poblaciones del imperio donde la mayoría de sus habitantes sean católicos estén cerrados los tribunales de justicia y no se reúnan en los días que la Iglesia celebra sus principales festividades. Ahora bien; si esto sucede en un país protestante, ¿qué no debería suceder en España, siendo el catolicismo la religión del Estado y de la casi totalidad de los habitantes? Veremos si el gobierno acepta la enmienda que sobre este asunto ha presentado á las bases del proyecto de Código penal el ilustre senador Sr. Moyano, de lo cual hablamos en otra parte de este número.

Extranjero. — Los Obispos franceses de Africa, sabiendo que en la Cámara de diputados iba á ser combatido el acuerdo de concederles una asignación, han renunciado á ella por evitar la odiosa discusión que habría de surgir con este motivo y las blasfemias que se habrían de proferir contra la Iglesia. La generosa conducta de aquellos Prelados es tan digna de elogio

como merecedores de censura los republicanos franceses que la motivan.

—El Padre Santo se ha dignado prorrogar en favor de los fieles portugueses la concesión de la Bula de la Santa Cruzada, enriqueciéndola con nuevas gracias. La primitiva concesión data del año de 1197, por la Bula *Cum auctores et factores*, dirigida al rey D. Sancho I de Portugal por el Papa Celestino III; por ella se concedían las mismas indulgencias que á los que combatían contra los infieles.

—La Gruta de Lourdes, donde se apareció la Santísima Virgen, ha sido visitada durante el año 86 por dos Cardenales; un representante de la Santa Sede; 57 Arzobispos y muchos Obispos y abades mitrados. Las 32,510 misas celebradas en Lourdes dan una idea de la afluencia de sacerdotes de todas las naciones del mundo. Las 99 peregrinaciones que han acudido durante todo el año al Santuario han llevado 91,548 peregrinos. Las comuniones verificadas ascienden á 326,500. En ocho meses 177,894 intenciones particulares han sido objeto de una devoción especial. Se han ofrecido 178 coronas, 328 corazones de metal, 19 condecoraciones, 3 espadas de oro, 9 estandartes, 5 alfombras, 270 inscripciones de mármol, y gran número de vasos y ornamentos sagrados. Han sido pedidas y remitidas 98,000 botellas del agua que la Virgen hizo brotar al lado de la Gruta. Las limosnas para la iglesia del Rosario que se construye al lado de la antigua Basílica ascienden á pesetas 1.628,254,58 después que empezaron los trabajos, y 742,923,80 pesetas hasta fin de 1886.

OFICIALES.

Gaceta del 17.—Fomento. Real orden convocando para la exposición de Bellas Artes, que habrá de inaugurarse el 21 de Mayo próximo.

CIENTÍFICAS.

Se ha descubierto en el laboratorio municipal de Munich una nueva liga de metales en que figura el níquel como materia principal, resultando un compuesto que presenta mejores condiciones que el metal blanco de más fama, incluso el *maillechort*. Para aparatos eléctricos, medidas de líquidos, y aun vajilla y demás objetos de mesa y otros de uso doméstico en que se necesita para confeccionarlos un metal inoxidable, económico y de buen aspecto, ninguno podrá competir con la niquelina.

—Se ha concedido privilegio de invención por veinte años, de un chaleco salvavidas, al capitán D. Antonio López de Haro, cuyo chaleco no embaraza nada los movimientos de la persona que lo usa. En este nuevo aparato se utiliza el corcho en forma de carbón, con lo que se consigue una potencia de flotación doble próximamente que empleando aquella materia en estado natural, consiguiéndose á la par economía, toda vez que pueden emplearse los desperdicios de corcho. Compónese el chaleco salvavidas á que nos referimos de un trozo de tela que se fija en el cuerpo por medio de cuatro cintas, y al cual van adheridas fuertemente doce almohadillas en cuyo interior va colocado el carbón de suberina. Las cuatro almohadillas mayores corresponden al pecho y espalda; las seis medianas á los costados, y las dos pequeñas á la cintura del nadador.

POLÍTICAS.

España. El respetable senador católico señor conde de Canga-Argüelles, tuvo la satisfacción de presentar el día 15 en la alta Cámara, en nombre de la minoría conservadora, una base adicional á la 9.^a del proyecto del nuevo Código penal, pidiendo que el artículo 11 de la Constitución se ponga en armonía con aquél. Acto seguido se levantó á defenderla, habiendo pronunciado con tal motivo un elocuentísimo y razonado discurso, tanto por la doctrina como por sus fundamentos legales, que fué muy escuchado y aplaudido por el Senado. Para probar el señor Conde la necesidad de reprimir los ataques de que son objeto la Religión y sus ministros, leyó el anuncio de un libro lleno de horrores en materia religiosa; varios recortes de periódicos en que se habla contra Dios, contra los sacerdotes y contra el orden social, y exclamó: «Los Prelados españoles lloran amargamente al ver el mal, y es preciso que á sus exhortaciones acompañen la acción tutelar del gobierno y la sanción penal». Manifestó su sentimiento por haber desaparecido de nuestra patria la inestimable joya de la unidad católica; dijo que el firmar su enmienda era para él el honor más alto y grato de su vida; y declarando luego que en el derecho constituido la Religión católica, que es la del Estado, es una institución que se coloca sobre todas las instituciones, terminó haciendo votos porque la Religión católica sea en lo porvenir la base de nuestra gloria nacional, así como lo fué en anteriores tiempos. Después de este discurso, que produjo notable efecto en la Cámara, pronunció otro en el mismo sentido, y también muy elocuente, el señor Obispo de Zamora, quien, con apostólica energía y citando nuevos hechos, corroboró la tesis sustentada por el señor conde de Canga-Argüelles; es decir, que el Estado desampara en España la Religión, y que debe evitarse que ésta, los Prelados y el clero se hallen á merced de escritores sin conciencia y sin dignidad. Ahora, para que nuestros lectores se formen una idea de lo mucho que influyeron en la alta Cámara los dos notabilísimos discursos de que hemos dado sucinta cuenta, básteles saber que el gobierno, según manifestación del señor ministro de Gracia y Justicia, aceptó la enmienda, si no en su parte material, en su espíritu, que es lo importante, por cuyo motivo la retiró con gran habilidad y discreción el señor conde de Canga-Argüelles. Reciban este ilustre senador católico y el no menos ilustre señor Obispo de Zamora nuestra más cariñosa felicitación por el triunfo que han conseguido, el cual hace estar también de enhorabuena á todos los católicos.

—También el miércoles último apoyó en el Senado el respetable hombre público D. Claudio Moyano una enmienda á las bases del Código penal, muy satisfactoria para los católicos, pues tiene por objeto declarar punible el trabajo de toda especie ejecutado públicamente en día festivo sin permiso de la autoridad eclesiástica. El discurso que con este motivo pronunció el ilustre senador fué tan admirable, tan nutrido de doctrina y tan lleno de oportunas y atinadas consideraciones, que es de esperar acepte su enmienda el Sr. Alonso Martínez. Pero aunque

así no fuera, lo cual sentiríamos mucho, el señor Moyano ha cumplido como bueno y según hacían esperar los honrosísimos antecedentes de su historia, una de las más limpias y preclaras que figuran en el libro de nuestra política contemporánea.

—Ya podemos comunicar á nuestros lectores que el gobierno ha admitido la enmienda del Sr. Moyano prohibiendo se trabaje públicamente en los días festivos sin permiso de la autoridad eclesiástica. También ha sido admitida una aclaración á las bases para el proyecto del Código penal, solicitada en un elocuente discurso por el senador conservador Sr. Durán y Bas, á virtud de la cual á todos los que incurran en el horrible vicio de la blasfemia se impondrá el máximo de las penas que para las faltas hay establecidas. Nuestros plácemes al notable jurisconsulto catalán por el éxito que ha sabido alcanzar.

—El Nuncio de Su Santidad, Mons. Rampolla, felicitó al señor conde de Canga-Argüelles por el notabilísimo discurso que pronunció en la alta Cámara el día 15, del cual ya hemos dado una idea á nuestros lectores. También felicitaron al digno senador católico los Rmos. Arzobispos de Santiago y Valladolid y el señor Obispo de la Habana.

—Según manifestaciones de la comisión democrático-progresista que marchó á París con objeto de enterar al Sr. Ruiz Zorrilla de los acuerdos adoptados por la asamblea republicana, el ex-ministro de D. Amadeo insiste en su conducta revolucionaria, pero necesita recursos para socorrer á los emigrados y para preparar nuevas intenciones contra el orden público. Con tal motivo, parece que el comité central zorrillista dirigirá una circular á los de provincias, recomendándoles eficazmente envíe cada uno diez mil pesetas, cuya cantidad es muy posible no puedan reunir entre todos.

—Interrogado el gobierno en el Congreso, por un diputado conservador, sobre los motivos que aquél había tenido en cuenta para trasladar á Ceuta al ex-brigadier Villacampa y compañeros de rebelión, estuvo tan desgraciado el gabinete fusionista al pretender contestar la pregunta, que los cuatro ministros que hablaron del asunto dieron una explicación distinta, sobresaliendo por lo risible la del presidente del Consejo, pues dijo que el traslado obedecía á las complicaciones de la cuestión europea. ¡Si será diplomático el Sr. Sagasta! Excusamos decir que hasta los diputados rurales de la mayoría pusieron en solfa la salida progresista de su jefe.

Extranjero. Pocas noticias podemos comunicar hoy á nuestros lectores en esta sección, pues ningún hecho ha venido á esclarecer la gran confusión que reina en lo referente á política exterior. Respecto de la tan anunciada guerra franco-alemana, tan pronto acusa el telégrafo temores y sobresaltos, como esperanzas y seguridades de paz. Esto no obstante, la creencia general es que, al fin, estallará la lucha entre ambas naciones, las cuales hacen cada día nuevos preparativos militares.

—En Rusia se descubrió hace pocos días

una nueva conspiración contra el Czar, en la que estaban complicados muchos alumnos de las academias militares, entre ellos un príncipe.

—El movimiento socialista toma grande incremento en Inglaterra y Escocia. El día 10 se repitieron las demostraciones tumultuosas de obreros en Glasgow. Se pronunciaron violentos discursos contra el orden social, y á no acudir á tiempo la policía, se hubieran cometido muchos desmanes, pues una parte de los manifestantes abrigaba el propósito de entrar á saqueo en las casas. La manifestación fué disuelta y presos los principales promovedores de la asonada.

BIBLIOGRÁFICAS.

Hace días pensábamos dar cuenta de haber leído con satisfacción el episodio dramático, en un acto y en verso, titulado: *¡Ingeniosa Caridad!*, y el monólogo dramático en verso *Al pie del Abismo*, originales de D. Manuel Díaz de Arcaya, autor de varias obras científicas y literarias, entre las cuales figuran: *Nociones de Historia Natural*, *Apuntes de Fisiología Humana*, *¡A Belén!*, *Ensayos poéticos*, *Cantos del Corazón*, y otras.

El episodio dramático, que aparece tiene lugar en las provincias del Norte, cuando la guerra de la Independencia, lo constituyen varias conmovedoras escenas en que, al lado de la ruin venganza que alimenta un traidor de la patria, ven se palpar en los pechos de otros esforzados españoles, formando bello y consolador contraste con lo anterior, nobilísimos sentimientos de generosidad y un ferviente y desinteresado entusiasmo para defender el honor é independencia de nuestro país. Respecto al monólogo, píntanse en él con vivo colorido los inefables y puros goces de la familia, así como los acerbos dolores que sufre el corazón del jefe de ella cuando es lacerado por la perfidia y la ingratitude de una mala esposa y desnaturalizada madre; y tanto este pequeño trabajo como el anterior, tiene una versificación fluida y vigorosa, que demuestra las especiales aptitudes poéticas del autor, á quien agradecemos su recuerdo. El Sr. Díaz de Arcaya es un literato distinguido, cuyo nombre sería mucho mas conocido de lo que ya lo es en la república de las letras, si, para bien de éstas, residiera aquél en esta corte, centro del movimiento intelectual de nuestra patria.

—Hemos tenido el gusto de recibir un interesante libro, de 425 páginas en 4.º, titulado: *Misiones Franciscanas entre los infieles de Bolivia*, que llena cumplidamente el objeto que se propuso su ilustrado autor, el Rdo. P. Fr. José Gardús, pues además de la minuciosa descripción que se hace del estado de aquéllas durante los años 1883 y 1884, comunícanse instructivas noticias sobre los caminos y tribus salvajes del mencionado país; se da una muestra de varias lenguas del mismo; ofrécese no pocas curiosidades de historia natural, y va unido al final del libro un bonito mapa que sirve para ilustrar todos los datos suministrados.

VARIAS.

España. No olviden nuestros lectores que desde el 10 del actual á igual día de Marzo pró-

ximo se admiten al canje en las tesorías de provincias las monedas de plata de 20 reales y de calderilla de sistemas anteriores al 19 de Octubre de 1868, las cuales, desde el 11 de Marzo, quedan fuera de curso legal. El canje en Madrid tendrá efecto en la casa nacional de moneda, respecto á las de plata, y en la tesorería de la provincia de las de calderilla. Los duros ó monedas de plata de 20 reales que se canjean, son todos los anteriores á 1869, cualquiera que sea el reinado á que pertenezcan. Las horas para el canje en la casa de moneda son de diez de la mañana á la una de la tarde, todos los días no feriados.

—Según telegramas de Filipinas, las tropas que manda el general Terrero han llegado sin la menor novedad á Mindanao. El espíritu de disciplina es inmejorable, y perfecto el estado de su salud. Desde el momento de su llegada procedieron al desmonte de terrenos y á construir dos fuertes, León y Pirámide, que con Bacas y Kuradangan aseguran la comunicación con el río Grande. Estas operaciones, que se realizaron con gran fortuna, anuncian una victoria completa para implantar definitivamente nuestra dominación efectiva en las vertientes de dicho río, y castigar como se merecen las demasías del datto Uto y sus secuaces. Al mismo tiempo que estas noticias satisfactorias de Mindanao, los telegramas dan cuenta de otra no menos importante para nuestra dominación en Joló. El sultán de dicho archipiélago, auxiliado por el coronel gobernador de la plaza, atacó en los días 15 y 16 de Enero á los insurrectos parapetados en Tuttután, Cantayán y Mahajay y fondeadero de Mahibum (residencia de los antiguos sultanes), y obtuvo sobre ellos una completa victoria.

—Admitidas ya en el servicio interior español las tarjetas postales elaboradas por particulares, y en vista de lo que determina el párrafo octavo del artículo 15 del reglamento para la ejecución del convenio de la Unión Universal de Correos, se ha dispuesto que se admitan al tráfico internacional las tarjetas postales sencillas ó con respuesta pagada elaboradas por particulares, siempre que se ajusten en un todo á las condiciones prevenidas para las del servicio interior. Las tarjetas postales con respuesta pagada con destino al extranjero deberán llevar además en la primera parte la inscripción: «Carte postale avec réponse payée,» y en la segunda parte «Carte postale: réponse.» No se dará curso á las tarjetas postales elaboradas por particulares que no reúnan las anteriores condiciones.

—Por una rara coincidencia se ha podido apreciar en Barcelona, casi matemáticamente, la cantidad de nieve que ha caído durante los últimos días en el perímetro de aquella ciudad. En uno de los patios de la «Maquinaria terrestre y marítima» existe una báscula, cuya superficie es de un metro cuadrado, de la que se recogió la nieve que en ella había caído, acusando un peso de seis arrobas. Ahora bien; siendo el perímetro del casco antiguo de la ciudad aproximadamente de un millón y medio de metros cuadrados, resulta que la nieve que ha caído en ella es de unos nueve millones de arrobas. Como el perímetro del Ensanche es tres ó

cuatro veces como el del casco antiguo, resulta que entre uno y otro se aproxima á unos cincuenta millones de arrobas el peso de la nieve que ha caído en dicha capital.

—La Exposición general de Bellas Artes, para la que se convoca en la *Gaceta* de anteayer, se celebrará en el palacio destinado á Exposición Nacional de la industria y de las artes, y los expositores entregarán sus obras en el edificio mencionado en el plazo improrrogable de los diez días que hay entre el 26 de Abril y el 5 de Mayo, ambos inclusive.

Extranjero. He aquí una estadística de los sacrificios de sangre y dinero que han costado las grandes guerras de veinticinco años á esta parte: Guerra de Crimea, 750,000 hombres; guerra de Italia (1859), 45,000; guerra de Schleswig-Holstein, 3,000; guerra prusiana italiano-austriaca (1866), 45,000; expedición de Méjico, 65,000; guerra franco-alemana, 215,000 (de los cuales 155,000 hombres por parte de Francia, y 60,000 de Alemania); la guerra turco-servia, 25,000; guerra turco-rusa, 600,000: dando un total de 1,748,000 hombres. Añadiendo á esta pérdida la de 800,000 hombres de la campaña americana muertos en el campo de batalla, ó de heridas recibidas en él, se obtiene la cifra de 2,548,000 hombres, sin comprender en ella las víctimas del cólera, del tifus ó de otras enfermedades inseparables de la guerra. Bajo el punto de vista financiero aparecen resultados asombrosos. La guerra de Crimea, costó 8,500,000,000 francos; la de Italia (1859), 1,500,000; la americana, 37,000,000,000; la de Schleswig-Holstein, 175,000,000; la prusiana-austriaca (1866), 1,650,000,000; la expedición de Méjico, 1,000,000,000; la franco-alemana, 12,500,000,000. Total, 62,325,000,000 de francos. La última campaña turco-rusa, según datos oficiales, costó del 13 de Setiembre de 1876 al 13 de Enero de 1879, 902,000,000 de rublos. Para completar este cuadro estadístico, habría que añadir las pérdidas en hombres y el coste en dinero de nuestras guerras de Africa, Santo Domingo, Cuba, y la civil: además, la sostenida por los franceses en el Tonkin y en Argelia, y las irregulares sostenidas por los ingleses en varios puntos del globo.

—La producción del azúcar que se extrae del acer, ha tomado un gran desarrollo en los Estados Unidos. A más de 14 millones de kilogramos de azúcar y 45 millones de hectólitros de melaza se eleva el rendimiento obtenido en los últimos diez años. La producción media anual de un árbol, se calcula en 27 kilogramos de savia, que vienen á dar unos 907 gramos de azúcar, es decir, muy cerca de un kilogramo.

—Rusia cuenta actualmente con 19,674,723 caballos, de los cuales 14,000,000 se dedican á trabajos del campo.

—Durante el mes de Enero del corriente año, han pasado por el canal de Suez 246 buques, que han pagado por derechos de tránsito francos 4,570,000. En igual época del año 1885 pasaron por el mencionado canal 261 buques, que pagaron francos 4,622,057,20, y en 1886 buques 275, y francos 4,876,587,60.

—Del 5 de Marzo al 31 de Mayo de este año, celebrará una exposición internacional de Be-

llas Artes la sociedad de artistas de Hamburgo. Parece figurarán en este certamen notables cuadros de pintores de casi todas las naciones europeas.

—El programa de la exposición de materias alimenticias que ha de celebrarse en Amsterdam de Junio á fines de Setiembre del presente año, contiene dos partes esenciales. La primera, un concurso, en el que se distribuirán recompensas á los que presenten las mejores Memorias escritas en holandés, francés, inglés ó alemán, sobre los mejores sistemas de alimentación pública. La segunda se refiere á la organización de conferencias sobre el arte de condimentar, que se darán, durante el período de la exposición, por maestros de ambos sexos. Como el pueblo holandés es polígloa, la nacionalidad del maestro no será obstáculo para que dé la conferencia en su idioma natal. Se adjudicará un premio de excelencia de 500 florines (el florín vale próximamente 10 rs.), y medalla de oro á una cocina económica (restaurant para todos), completamente organizada y en plena actividad.

—La administración francesa acaba de adoptar una resolución que merece ser imitada. Consiste en que el empleado que lleva una tarjeta-telegrama ó un telegrama cerrado con *contestación pagada*, tiene el deber de notificar á quien lo recibe, que se encarga de llevar gratuitamente la contestación á la oficina, y que, al efecto, la ley le autoriza para esperarla dentro del plazo de cinco minutos.

—La capacidad del canal de Suez quedará duplicada, gracias al empleo de la luz eléctrica. En vez de gastar 34 horas para efectuar su travesía, los vapores le pasarán en 24; á lo que debe añadirse que, una vez terminado el ensanche de la vía, se economizarán también las cuatro horas que actualmente exigen las operaciones del apartado de los buques.

CALENDARIO RELIGIOSO

DÍA 19 DE FEBRERO. Sábado.—San Gabino, presbítero y mártir, y los beatos Álvaro de Córdoba y Conrado, confesores.

Si quieres vivir con grande castidad y pureza, frecuenta la comunión con humildad y amor.

DÍA 20. Domingo de Quincuagésima.—San León y San Eleuterio, Obispos.

La santa Eucaristía es el amor de los amores.

DÍA 21. Lunes.—Santos Félix y Maximiano, Obispos, y el beato Diego Carvallo, de la Compañía de Jesús, mártir.

Nada es tan provechoso para llegar á la santidad como la comunión frecuente.

DÍA 22. Martes.—La Cátedra de San Pedro en Antioquía, y San Pascasio, Obispo.

Si por las tentaciones dejáis la comunión, dais la victoria al enemigo.

DÍA 23. Miércoles de Ceniza.—San Pedro Damiano; Santa Marta, virgen y mártir, Santa

Margarita de Cortona, San Florencio, Obispo, y la beata Isabel.

¿Eres de verdad religioso? Pues huye de tus parientes, porque en el negocio de tu salvación son tus peores enemigos.

DÍA 24. Jueves.—San Matías, Apóstol; San Modesto, Obispo y confesor, y San Torcuato y veintisiete compañeros mártires.

Para hacerse santo es indispensable desprenderse de las criaturas, vencer las pasiones, vencerse á sí mismo y amar las cruces.

DÍA 25. Viernes.—San Cesáreo, confesor.

En el camino del espíritu, casi ha vencido quien tiene grandes y verdaderos deseos de vencer.

DÍA 26. Sábado.—San Alejandro, Obispo.

Tanto alcanza uno de perfección, cuanto es el deseo que tiene de llegar á ella.

DÍA 27. Domingo I de Cuaresma.—San Baldomero, confesor.

Si muchos no llegan á ser santos, es porque no se resuelven á ello.

DÍA 28. Lunes.—San Román, abad y fundador, y San Macario y compañeros mártires.

Llevando la cruz sin consuelos, el alma, no sólo corre sino que vuela á la perfección.

MISCELANEA

Un profesor, hijo de padres pobres, pero honrados, era estimado de sus discípulos por su ciencia y virtud, los cuales, por otra parte, no conocían de qué familia procedía. Por imprudencia del bedel, penetró un día en clase el padre del profesor. Como es natural, los alumnos, al ver entrar en clase á un patán con traje y modales nada cortezanos, se echaron á reír. Si llegan á saber que aquel era el padre de su profesor, y éste pretende ocultarlo, ó se ruboriza, estaba perdido; pero el buen hijo quedó con honra y la dió á su padre.

—Señores (dijo á sus discípulos): he dicho á Vds. repetidas veces que se ha de obedecer y respetar á los padres. Pues bien; éste que veis aquí es mi padre, y no me avergüenzo de ser hijo suyo.

Se acercó á él, y le besó la mano, consiguiendo cambiar en admiración y respeto las risas y maliciosillos guiños de sus alumnos.

—**Uno de los mayores diamantes que se** conocen es el llamado Regente ó Pitt, perteneciente al Tesoro de la corona de Francia. Hallólo en 1702, en las minas de Pateal (Indias Orientales), un esclavo, que fué ahogado por un marinero para hacerse con el diamante. Pitt, gobernador de la fortaleza de San Jorge, lo compró por 1,000 libras esterlinas. El duque de Orleans lo adquirió en 1717, para Luis XV, por ¡3.375,000 francos! Pesaba 410 quilates; pero perdió dos tercios de su volumen al ser tallado, operación que duró casi dos años y costó 27,000 escudos, gastándose en ella 9,000 escudos de polvo de diamante; si bien los pedacitos que salieron al tallarlo valieron 48,000 escudos. Ahora pesa 136 $\frac{3}{4}$ quilates. ¡Cuánta riqueza en una cosa tan pequeña! ¡Y, sin embargo, la persona á quien pertenezca bien puede ser infeliz, aunque posea éste y todos los diamantes del mundo!